

BOLSILIBROS
BRUGUERA

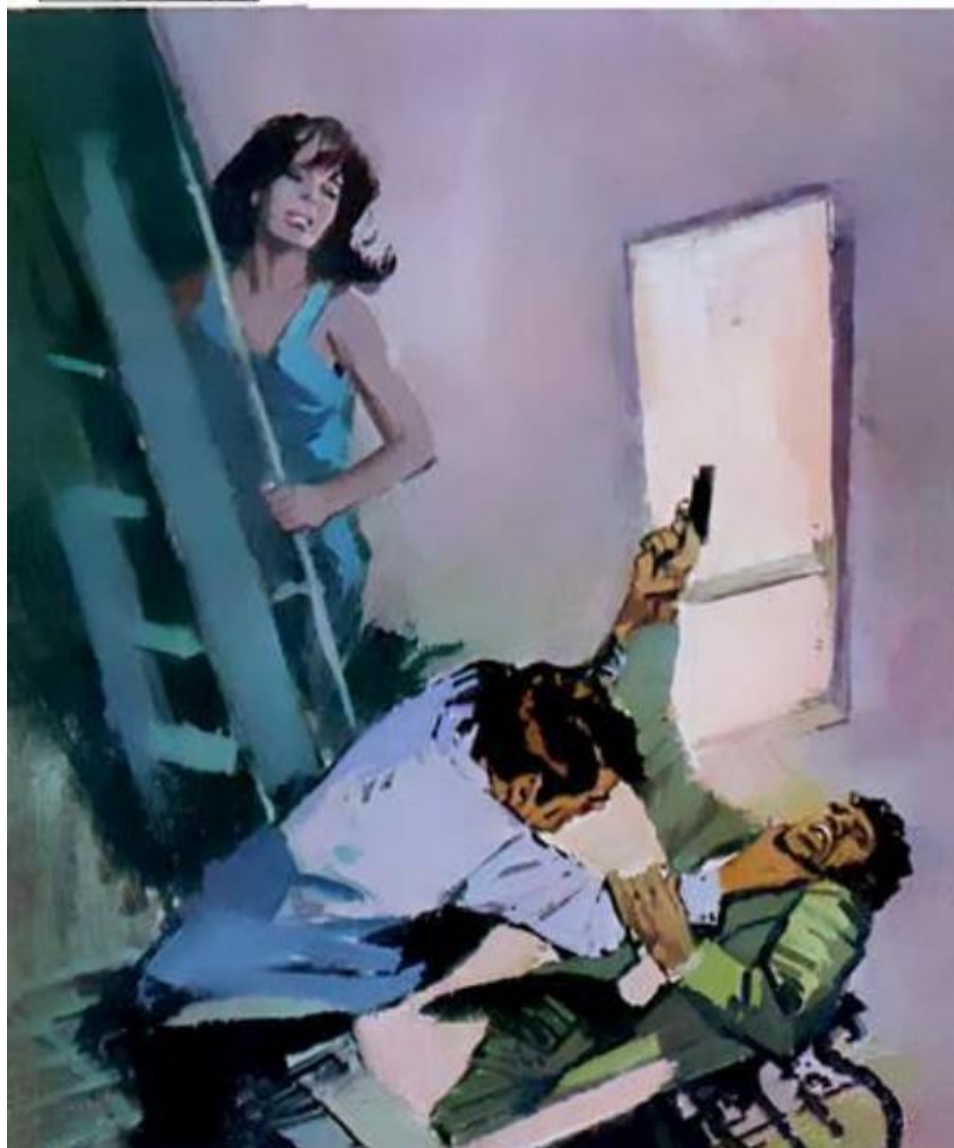


SERIE

SERVICIO SECRETO

un feo asunto

burton hare





SS **SERVICIO SECRETO**



BURTON HARE

UN FEO ASUNTO

Colección
SERVICIO SECRETO n.º 1.884
Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito Legal B 15.811-1971
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: junio, 1971

© BURTON HARE - 1971

sobre la parte literaria

© DESILO - 1971

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA.
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.073 — La vuelta del Exterminador.

En Colección PUNTO ROJO:

475 — Encaje y asesinato.

1

SONÓ el teléfono y lo descolgué de un manotazo. Había estado esperando la llamada durante horas, inmóvil en la oscuridad, fumando y pensando.

La voz que llegó hasta mí era baja y carecía de inflexiones, como si surgiera de una máquina parlante.

—Esta noche es el trabajo.

Esa era la frase convenida.

—Adelante, aquí Romaine.

Oí perfectamente el suspiro al otro lado.

—Es una mujer, no un hombre. Está en Ferrison, siete, dos, cuatro. Rubia. Atiende por Louise Dundee. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Hubiera preferido que fuera un hombre, pero lo haré. ¿Eso es todo?

—Sí, por el momento, pero debe haber algo grande en marcha. No sabemos qué todavía, pero todos los departamentos están nerviosos. No se filtra una maldita cosa.

—Bueno, eso no me concierne.

Colgué y aplasté los restos del cigarrillo en el cenicero.

Era malo que fuera una mujer. Más que malo, desagradable, porque matar nunca es agradable ni divertido. Pero matar a una mujer es repugnante incluso en esa repugnante y descabellada profesión mía.

De todos modos había conocido mujeres a lo largo de mi vida que me habrían rebanado el pescuezo sin prisas, recreándose en el trabajo y hablando de modas entretanto.

Salí del oscuro apartamento y anduve despacio calle abajo, pensando en cómo sería la dama. Sin la menor duda debía tener algo fuera de lo común para haber despertado a ciertos caballeros de su siesta obligándoles a adoptar una de las decisiones grandes, en esta época de paz y sosiego armados...

Reí entre dientes al pensar en esto y aquello. Llegué donde estaba mi auto y con él emprendí el camino que iba a llevarme a una ejecución.

La casa era de tres plantas. Su fachada ofrecía todo un muestrario de desconchaduras y suciedad. Un maldito estercolero para morir en él.

No había luz en ninguna ventana de los tres pisos. Mi comunicante había omitido informarme de cuál ocupaba la sentenciada a muerte, de modo que me vi obligado a examinar los tarjetones colocados en la entrada.

Louise Dundee. Ahí estaba.

La tercera planta. Subí los escalones pisando como un gato, porque eran viejos y cualquiera de ellos podía delatarme con un inoportuno crujido.

Plantado ante la puerta escuché con todos mis sentidos alerta, pero no pude oír nada en toda la casa. Cualquiera hubiese dicho que estaba vacía.

Un rápido examen de la cerradura me indicó que sería muy fácil abrirla y puse manos a la obra, valiéndome de los delicados instrumentos precisos.

Tardé exactamente tres minutos en vencer. Guardé las ganzúas y empuñé la «Magnum 44» antes de empujar suavemente la madera.

Apareció un interior oscuro y tan silencioso como una tumba. Entré y cerré a mis espaldas.

Cinco minutos después había dado la vuelta a todo el apartamento, sin encontrar ni rastro de la dama que iba a morir. El dormitorio estaba desierto y las ropas de la cama intactas. No necesité siquiera encender la luz para verlo, porque sin pasar de la puerta los destellos rojos de un anuncio que parpadeaba en la calle, inundaban la estancia de cataratas llameantes como un anticipo del infierno.

Igualmente el baño, la pequeña cocina y otra habitación no mostraban el menor signo de vida.

Así que me instalé en la sala, hundido en un confortable butacón, con la pistola sobre las rodillas y contemplando el juego de luces del anuncio que chispeaba allá fuera.

Hubiera dado cualquier cosa por fumar, pero este era un lujo que no podía permitirme. Hombres más duros que yo habían muerto a veces por pequeños descuidos semejantes.

Así que tan solo dejé pasar el tiempo esperando que ella viniera a esa cita con la muerte.

Una cita que la dama ignoraba, naturalmente.

Tres horas más tarde llegué a la conclusión de que no iba a venir.

Una mujer que a las cuatro de la madrugada no ha regresado a su nido, ya no vuelve en el resto de la noche. Con toda seguridad había encontrado un lecho confortable en otra parte, y probablemente compartido con algún feliz mortal ignorante de que, con sus escarceos amorosos estaba salvándole la vida.

Momentáneamente, claro está. Cuando una organización como la nuestra sentencia a alguien a una muerte súbita no hay poder en la tierra capaz de evitar que la sentencia se cumpla.

Me levanté. Podía aprovechar para dar un vistazo a las pertenencias personales de aquella señora, porque a veces, en nuestro maldito trabajo el más listo comete un error infantil que da al traste con los planes mejor elaborados.

Empecé por el dormitorio. Corrí las cortinas de la ventana antes de encender la luz. Luego, comencé a revisar los cajones de un tocador, sobre cuya superficie, incontables cigarrillos encendidos habían dejado sus negras señales.

En el espejo, el tiempo había grabado también la impronta de su paso. Estaba cuarteado, con manchas de formas abstractas, excepto una... que era un pie humano.

Me quedé unos instantes mirando aquello como si no diera crédito a mis ojos. El pie calzaba una zapatilla de raso azul y sobresalía por un ángulo de la cama.

Di media vuelta y comprobé que no era fruto de mi imaginación.

El pie estaba allí, inmóvil, con la punta de los dedos apuntando al techo.

De un salto rodeé la cama y contemplé el cuerpo tendido entre esta y la pared.

Puede decirse que estaba vestida únicamente con la zapatilla y una mueca atroz en su rostro. Había sido joven y extraordinariamente bella, aunque ahora su cuerpo apareciera atrozmente afeado.

Sentí un escalofrío a lo largo de todos mis miembros, lo que me reveló que a pesar de mi experiencia todavía conservaba suficiente capacidad de espanto como para sentirme más o menos humano.

Le habían llenado la boca con algo semejante a un pañuelo para impedirle gritar. Sus manos las tenía atadas a la espalda y el cuerpo estaba doblado en un arco que ni siquiera la muerte había podido relajar.

Calculé que la habían torturado con ácido, cualquier ácido capaz de agujerear una plancha de acero, a juzgar por cómo había quedado su pobre cuerpo.

Si aquella era Louise Dundee, alguien me había ahorrado el trabajo.

Me enderecé y miré alrededor. No pude ver ni rastro de las ropas que debía haber llevado puestas, ni de bolso alguno. Abrí el armario y también estaba perfectamente vacío.

Bueno, de cualquier modo, los que hicieron el trabajo no eran aficionados, de eso no cabía ninguna duda. Llevándose todo lo que había pertenecido a la mujer, retrasaban mucho tiempo su identificación.

Excepto para nosotros, claro está, porque sabíamos quién era, o por lo menos el nombre que utilizaba en la actualidad.

Di un rápido vistazo a todo el piso, comprobando que no quedaba nada de interés, aunque los cajones estaban en su sitio y nada parecía fuera de lugar.

Después, apagué las luces y abandone el apartamento mucho más intrigado que a mi llegada.

Era algo absurdo cómo había empezado todo.

Solo dos días antes, una llamada telefónica me había obligado a acudir a las oficinas de cierta anodina compañía exportadora. Allí, un individuo cuyo nombre no hace al caso, pero cuyas órdenes eran cumplidas a rajatabla, me dijo que uno de nuestros mejores elementos había sido muerto la noche anterior.

—Degollado —añadió el viejo, como si eso lo aclarase todo.

—Está bien —dije—. Todos sabemos que esto nos puede suceder

en el momento más insospechado. ¿Qué hay detrás de esa muerte?

—No lo sé —confesó—. Él acababa de llegar de Europa. Llamó y su voz sonaba excitada. Alguien le seguía los pasos, pero dijo que traía la información más sensacional de todos los tiempos y que era ineludible que alguien entrase en contacto con él inmediatamente.

—¿Y bien? —le pregunté, viendo que se interrumpía.

—Lo mataron antes de que pudiésemos llegar hasta él. Puse todos los hombres disponibles a la tarea de investigar sus últimos pasos y en ello están trabajando ahora.

—¿Y cuál es mi papel en este asunto?

—Le reservo para el último acto, Mike. Quiero que aguarde usted nuevas órdenes. Si conseguimos descubrir al asesino de nuestro hombre quiero que muera... después de vaciarlo de cuanto sabe respecto a lo que concierne a todo este misterio. ¿Comprendido?

—Perfectamente, señor.

Asintió con un gesto.

—Usted sabe cómo debe operar cuando llegue el momento. Es nuestro mejor elemento, Mike. Confío en usted.

Asentí. Me dijo cómo se identificaría el que debía llamarme y luego me despidió.

Esperé durante dos días y al fin la llamada se produjo. Y llegué tarde.

Esas cosas suceden de vez en cuando, pero siempre le sorprenden a uno, porque alteran todo un trabajo realizado meticulosamente durante meses.

Yo sabía eso por experiencia, de modo que lo tomé con calma y me limité a presentar un informe conciso y olvidar casi inmediatamente todo el embrollo.

De cualquier manera, lo olvidé demasiado pronto.

2

HABÍA pasado una semana completa sin que hubiera vuelto a tener noticias del viejo ni de sus constantes líos internacionales.

No puedo decir que yo fuera un hombre feliz, porque un individuo que hace mi trabajo, que ha visto la muerte en todas sus formas y lleva en el cuerpo cinco cicatrices, la más pequeña de las cuales mide exactamente cinco pulgadas, tiene un concepto de la felicidad más bien abstracto. Sin embargo, no había nada que turbase mi paz aquella tarde, así que decidí que podía permitirme el gusto de asistir a un estreno teatral en Ambassador, sobre el cual había leído mucho en los últimos días.

Después, si seguía estando de buen humor, quizá buscara una compañía femenina, y quién sabe, hasta era posible que pudiera volver a sentirme como un adolescente en su primera cita.

Justo cuando acababa de llegar a esta conclusión, sonó el teléfono.

Lo descolgué resignadamente.

—Hable —dije.

—¿Romaine?

No necesitaba frases de contraseña. Aquella era la voz inconfundible del viejo.

—Hable, señor.

—Tome una maleta, abandone su apartamento y trasládese al Hilton. Tiene una suite reservada a nombre de Clive Walters. Instálese allí y espere.

—¿Eso es todo?

—Y es demasiado.

Sonó un chasquido y la comunicación se cortó.

Bueno, llené una maleta con lo más imprescindible, comprobé que la «Magnum» salía con facilidad de su funda y me encaminé a la puerta.

El teléfono volvió a escandalizar antes de que hubiera salido. Refunfuñando entre dientes, escuché, esta vez sin pronunciar una palabra.

Y era otra vez el viejo.

—¿Romaine? Creí que ya no le encontraría aquí.

—¿Puede decirme a qué estamos jugando?

—A salvarle a usted la vida.

—Qué le parece. ¿Habla usted en serio?

—Mi orden de trasladarse a un hotel ha sido únicamente para prevenir. No tenía nada concreto todavía, solo sospechas. Ahora tengo el informe sobre mi mesa.

—¿Qué informe?

—Sverdlov —dijo solamente.

Sentí que una garra de hielo se deslizaba por mi espalda.

—¿Qué hay de él? —dije con voz ronca.

—Está en el país, Mike. Y, conociéndole, podemos asegurar que no ha venido en viaje turístico. En consecuencia, ha venido a cazarle a usted.

—De eso no estoy muy seguro. Hace muchos años que me tienen en su lista. ¿Por qué precisamente ahora?

—Eso no lo sé todavía. Pero quiero que desaparezca usted hasta recibir nuevas instrucciones. ¿Comprendido?

—Está bien. Pero si no ha venido por mí, sería mejor que destinara usted a sus muchachos a ese trabajo.

—¿Pretende decirme cómo he de enfocar un asunto?

—Por supuesto que no.

—Dese prisa. Lárguese de su apartamento.

Colgó y yo hice lo mismo.

Sin perder tiempo, me largué, inquieto no tanto por las posibles intenciones del más implacable, salvaje e inteligente verdugo que ha existido jamás en el mundo salvaje del espionaje internacional, como por la naturaleza del asunto que estaba cociéndose en alguna parte.

Debía ser algo tan grande que ni siquiera podíamos sospecharlo

por el momento.

Dejé el coche en el garaje del edificio y tomé un taxi. Después de todo, instalarse por una temporada en una suite del Hilton era algo como para no despreciarlo.

* * *

El Hilton está equipado con varios salones y distintos bares. En el que entré aquella noche era reducido, confortable y discretamente iluminado.

Había unos siete u ocho clientes en total, hablando en voz baja a lo largo del mostrador. Tres parejas se contaban los eternos embustes en otras tantas mesas.

Tras encaramarme a un taburete pedí un *gimlet* y dejé vagar el pensamiento libremente. En tres días no había sucedido nada. Si el camarada Sverdlov estaba en la ciudad para cazarme, debía encontrar muchas dificultades en su cometido para perder tanto tiempo, aunque yo dudaba mucho de que este fuera su trabajo.

Desde muchos años, ellos tenían mi nombre en su lista de prioridad absoluta. Una lista que solo se extinguía cuando los hombres anotados en ella morían súbitamente.

De modo que yo no veía razón alguna para que de repente se les hubiesen despertado las ansias vengativas sin más ni más.

En consecuencia, Sverdlov había venido con otros propósitos mucho más importantes.

Claro que si en su camino se cruzaba conmigo no dudaría en añadir mi cabellera a su colección, de eso no podía haber ninguna duda.

Dejé de devanarme los sesos y me dediqué únicamente a saborear el licor.

Oí que un botones vociferaba un nombre, pero hasta unos segundos no caí en la cuenta de que Clive Walters era mi actual nombre de guerra.

Le hice una seña y vino recto hacia mí.

—Una llamada telefónica para usted, señor —dijo.

Le seguí hasta la batería de cabinas telefónicas, le di un dólar y me encerré en la indicada.

La voz inconfundible, dijo:

—Quiero verle, Romaine. Inmediatamente.

—Está bien.

Colgué porque no hacía falta más.

Cuando llegué a la oficina del viejo buitre advertí una actividad fuera de lo normal. El rostro del hombre estaba ceñudo y hosco. Nunca tenía un aspecto risueño precisamente, pero en esta ocasión no auguraba nada bueno.

—¿Cuánto tiempo hace que llegó usted de Europa en su último trabajo, Mike?

—Usted lo sabe tan bien como yo. Tres meses poco más o menos.

—¿Oyó usted algo entonces que sonara como Proyecto Oriente?

—Ni una maldita palabra. ¿De qué se trata?

—Quisiera saberlo —rezongó entre dientes—. Sea lo que fuere, es lo bastante grande como para haber puesto en ebullición a todos los departamentos oficiales, de la C.I.A. para abajo, incluyendo el N.S.C.

—Como de costumbre, nosotros estamos al margen... —insinué.

—Oficialmente, nuestro grupo ni siquiera existe —dijo con voz sorda—. Tanto la C.I.A. como todos los demás darían su cabeza por vernos desaparecer, y si hay alguien a quien no informarán de lo que sepan sobre este asunto, somos nosotros.

—¿Qué está tratando de decirme, señor?

Se echó para atrás en el sillón, que chirrió su protesta. Con gesto cansado empujó un papel amarillento a través de la mesa hacia mí.

—Lea esto. Acaba de llegarme de nuestros hombres de Londres.

Tomé el comunicado. Era la traducción del mensaje efectuada por nuestro ordenador electrónico.

Todo lo que decía era:

«Anton Janus. Desaparecido de Pekín. Rumor fuga a Occidente.»

Levanté la cabeza, perplejo.

—¿Eso es todo? —pregunté

—No creo que tenga nada que ver —refunfuñó—. ¿Podría ser lo que ha desencadenado esa actividad?

—Maldito si lo sé. Aunque quisiera saber qué diablos tiene que ver un traidor por partida doble con el Proyecto Oriente, señor.

—No creo que tengan nada que ver —refunfuñó—. Pero es una

noticia importante. Janus podría colocarnos a la cabeza del mundo en cuanto a la defensa nacional, si se decidiera a hablar con nosotros.

—Pero no lo hará. Ni siquiera en el supuesto de que fuera cierto que ha huido de sus actuales amos. Y si después de eso pidiera asilo político en nuestro país, usted sabe que hay otras agencias que se harían cargo de él y apenas le dejarían tocar de pies al suelo.

—Todo eso lo sé muy bien, Mike. Pero hay algo muy extraño en este rompecabezas. En primer lugar, nuestro hombre que llegó de Europa fue asesinado tan pronto entró en contacto con esta oficina. Y después hemos sabido que su información estaba relacionada con ese misterioso Proyecto Oriente. Luego, la aparición aquí de Sverdlov. Y, ahora, la desaparición de Janus. No puedo olvidar que Janus ocupó el puesto de más responsabilidad en el aparato de espionaje militar de Rusia hace solo un par de años.

—Yo tampoco olvido que desertó de su puesto tan pronto Rusia comenzó a adoptar una política más flexible con Occidente, pasándose a Pekín con armas y bagajes —dije, disgustado—. En estas condiciones no es fácil que venga a nosotros pidiendo asilo político. Vaya donde vaya, su vida no valdrá un centavo de plomo.

El permaneció silencioso unos instantes. Después sacudió la cabeza con evidente contrariedad y refunfuñó:

—No tendré más remedio que hablar con el presidente, Mike.

Me encogí de hombros.

—Usted sabrá cuál es su deber, señor. Pero, entre tanto, ¿podría decirme qué espera que yo haga?

—Usted conoce perfectamente a Sverdlov...

—¿Y...?

—Búsquelo.

—Así de sencillo, ¿eh?

—No es sencillo, ya lo sé. Tengo a casi todo el personal rastreando a ese maldito y no han adelantado un paso. He montado un dispositivo de vigilancia en la Embajada rusa por si comete la insensatez de aparecer por allí, cosa que dudo. Pero hemos llegado a un extremo que es preciso activar las cosas. Haga usted su parte, Mike.

—¿Y si lo encuentro?

—¿Cree usted que se dejará capturar vivo?

—No. No Sverdlov.

—Entonces, ya sabe qué tiene que hacer si le localiza.

Asentí con un gesto. Y entonces, dije:

—Perfectamente. Pero antes de irme, hay algo que me gustaría exponerle.

—Adelante.

—Se trata de esa mujer... Louise Dundee.

—¿Qué pasa con eso?

—Usted me dijo que nuestro hombre había sido degollado...

—Sí.

—¿Cree usted sinceramente que esa es la forma en que una mujer haría un «trabajo» como ese? Yo la vi, señor. Era extraordinariamente bonita, delicada... su fuerza debía residir en sus encantos y en su cerebro, no en sus manos.

Sonrió de manera casi imperceptible.

—Me preguntaba cuándo tocaría usted ese extremo... No, no creo que fuera ella quien hizo el trabajo. Pero no cabe ninguna duda de que fue quien le atrajo al lugar donde lo mataron. Ella le siguió los pasos desde Europa, según hemos establecido sin ninguna duda.

—Ya veo. ¿Qué han averiguado respecto a esa dama?

Se encogió de hombros.

—Casi nada. Estaba empleada en una compañía perfectamente legal. Hemos pasado a esa compañía por el tamiz y no hay nada sospechoso en ella. Disfrutaba de unas vacaciones solicitadas por ella. No se le conocían amistades íntimas, y en estos momentos nuestra gente está investigando a los hombres con los que tuvo alguna relación, por remota que fuera.

—Entiendo.

—Le mantendré informado de cualquier cosa que surja respecto a ella.

Asentí y me largué. No había nada más que él pudiera decirme.

Cualquier cosa que sirviera para hacer mi sucio trabajo debería encontrarla por mí mismo.

3

LOS periódicos del día siguiente pregonaban dos noticias que me interesaban de modo muy particular.

La primera, era solo un rumor. Una filtración cuya fuente no se mencionaba siquiera.

Según ese rumor, el famoso Anton Janus estaba en el país y su solicitud de asilo político estaba siendo estudiada por el Gobierno.

El articulista se extendía en una biografía de Janus, poniendo de relieve sus enciclopédicos conocimientos de las defensas soviéticas, de las listas de nombres que podría proporcionar referentes al espionaje soviético y, lo que para el mundo occidental era mucho más importante, conocía con todo detalle los planes chinos, sus centros de experimentación atómica y bacteriológica, sus células infiltradas en América y los planes inmediatos de agitación del Gobierno de Pekín.

Yo no necesitaba que me dijeran la importancia de los conocimientos de Anton Janus. Probablemente, era el hombre más enterado de estos temas después de los propios jefes de gobierno de Rusia y de China.

La segunda noticia era la de la explosión de una bomba en un domicilio privado.

El mío.

No era un artículo muy extenso, porque mi personalidad pública no era importante. La policía estaba buscando al propietario del apartamento para informarle e interrogarle al mismo tiempo.

El estallido había sido lo bastante fuerte como para no dejar ni una pared sana, hundiendo parte del techo del piso superior y

causando heridas a una mujer que vivía en él.

Deseé que las heridas no fueran graves. Conocía a mi vecina solo de saludarnos por la escalera, aunque el viejo sabía mucho más respecto a ella, porque había ordenado una investigación a fondo de mis vecinos cuando fui a instalarme en la casa.

De modo que Sverdlov había venido a cazarme después de todo.

Era como para preocuparse un poco, ya que era la segunda vez que aquel demonio se cruzaba en mi camino, o yo en el de él, que para el caso viene a ser lo mismo. La vez anterior la partida había terminado en tablas, huyendo Sverdlov a Rusia en el último segundo, cuando yo creía tenerlo cazado.

En esta ocasión tal vez fuera la jugada definitiva. Sería un enfrentamiento a muerte, porque ambos sabíamos que entre nosotros no podía existir cuartel. Ellos me tenían inscrito en su lista negra y nosotros le habíamos inscrito a él incluso con florituras.

Uno de los dos había de morir. El destino diría cuál.

Aparté el periódico a un lado y me recosté en el diván. En aquel momento alguien llamó discretamente a la puerta con los nudillos.

Me levanté de un brinco y empuñé la «Magnum». La llamada se repitió. Deslizándome en silencio fui a colocarme a un lado de la entrada y pregunté:

—¿Quién?

Una voz de mujer, dijo:

—Me llamo Karen Laurent, señor Walters.

—¿Y qué?

—El señor Mars me encargó que viniera a verle.

Mars era el nombre que utilizaba el viejo cuando le convenía utilizar alguno.

—Está bien —repliqué.

Quité el seguro de la automática y sin apartarme de donde estaba di vuelta a la llave.

—Entre —exclamé.

La puerta se abrió y entró una muchacha que cerró rápidamente. Llevaba un bolso en la mano izquierda y nada en la derecha.

Se quedó mirando el enorme cañón de la pistola con una leve arruga sobre las cejas.

—Es una manera poco cordial de recibir las visitas, señor Walters, ¿no cree?

—Tal vez. Vaya a dejar el bolso sobre la mesita de centro y luego apártese unos pasos de ella.

—¿No cree que exagera?

—Si alguna vez lo hubiese creído, ahora no estaría vivo. Haga lo que le he dicho.

Obedeció sin rechistar. Cuando se hubo apartado de la mesa avancé y abrí el bolso. Llevaba un pequeño revólver pavonado, que parecía el hijo recién nacido de mi automática.

Sacándolo, lo guardé en mi bolsillo. Solo entonces dije:

—Tal vez sea cierto que la manda el viejo, pero vamos a comprobarlo, primor. Entretanto, permanezca ahí quietecita. No haga ningún movimiento que pueda parecerme sospechoso porque se encontraría con una bala en su lindo cuerpo. ¿Entendido?

Suspiró resignadamente. Sin perderla de vista, descolgué el teléfono, dejé el auricular sobre la mesa y marqué el número que sabía de memoria.

Volví a coger el auricular y esperé. Ella me miraba con fijeza, sin ninguna expresión en su rostro exquisito.

Iba vestida con unos pantalones negros ajustados que se adherían a sus redondeces con verdadero frenesí. El suéter de lanilla destacaba sin lugar a dudas sus senos atrevidos, y quizá fuera debido a su tipo soberbio o a que yo hacía demasiado tiempo que no mantenía ninguna relación más o menos estrecha con una mujer, la encontré tan elegante como si hubiera vestido uno de esos turbadores trajes de noche escotados hasta la cintura.

De pronto sonó una especie de ladrido en mi oído y aparté la atención de lo que estaba interesándome.

—¿Señor?

—Reconozco su voz, Mike —refunfuñó el viejo—. ¿Qué ocurre?

—Tengo una dama en mi habitación, señor.

—Por lo que sé de usted eso no es nada extraordinario.

—Se llama Karen Laurent, o por lo menos eso dice.

—Oh, ya veo.

—¿Está bien?

—Perfecto. Escúchela.

—Entendido.

—¿Ha leído los periódicos, Mike?

—Seguro. Me pregunto quién va a ocuparse de indemnizarme

por los destrozos...

—Cualquiera creería que sus preocupaciones deberían ser otras...

—¿Qué hay de la otra noticia, señor, es cierta?

—¿Janus?

—Sí.

—Es cierta —me confirmó.

—Eso puede ser una baza muy importante si los encargados de jugar esa partida saben mover sus peones.

—Mucho me temo que no sean muy hábiles. Le informaré si surge algo nuevo. Tengo a mucha gente en movimiento.

—Está bien, señor.

Colgué, deslicé el seguro y me guardé la «Magnum» en la funda sujeta en el cinturón, sobre mi costado izquierdo.

—Parece que puedo fiarme de usted —dijo.

—Usted ha destruido mis sueños, Walters.

—¿Por qué?

—Yo creí que los hombres como usted no conocían el miedo.

—¡Infiernos! ¿Qué cree que es este trabajo mío? Claro que conocemos el miedo, pero tenemos una cualidad, muñeca. Sabemos vencerlo.

—¿Tiene inconveniente en devolverme el revólver?

Se lo volví a dejar dentro del bolso, diciéndole:

—Si es usted lo que afirma y lo que dice el viejo, no es necesario que siga llamándome Walters.

—Está bien, Romaine, como usted quiera.

—Y ahora al grano.

—¿Le importa que me siente?

—Perdóneme. Creo que empiezo a olvidar mis buenas maneras.

Mientras tomaba asiento en el diván saqué una botella y escancié whisky en dos vasos.

—Tendrá que beberlo puro —dije—. No pienso esperar a que nos sirvan hielo.

—Por mí está bien.

—Entonces, empiece a hablar. Tengo el presentimiento de que en este juego el tiempo se nos escapa de las manos.

Bebió un par de sorbos con cuidado, como si temiera que el vaso contuviese veneno en lugar de whisky. Después, dijo:

—Hace tres horas, poco más o menos, llegué de París, Romaine.

—Mi enhorabuena.

—Sí. Hace un tiempo magnífico allí, es todo tan romántico... París inspira amor a primera vista. Se lo inspiró a ciertos personajes, según creo.

—¿De quién está hablando? ¿De María Antonieta?

—De una belleza sin sofisticar llamada Emily Kwon y de cierto caballero que responde al nombre de Anton Janus.

Me enderecé de golpe.

—Sigue —dije, excitado—. Ahora creo que estás diciendo algo.

—Cualquiera lo creería. Esa pareja formaba parte de una misión muy especial que visitó Francia. Ella iba con una comisión que agasajó a los negociadores de Hanói y les reafirmó la inquebrantable ayuda china.

—¿Y él?

—Estaba en París con una misión científica y comercial de China Popular. Eso te demostrará la confianza de que gozaba el amigo Janus.

—Lo sé. Conozco toda la historia de ese tipo.

—Bien, se esfumaron. Puedes jurar que se armó un revuelo endiablado. Fue cuando Freddy intervino y...

—Más espacio ahora, muñeca. ¿Quién es Freddy?

Enarcó las cejas de un modo delicioso.

—Creí que te habían hablado de eso. Es el hombre que fue asesinado tan pronto llegó aquí.

—Ajá, el tipo a quien degollaron. Pero no sabía su nombre.

—Freddy Meredith.

—Muy bien, continúa.

—Él y yo trabajábamos juntos en otra faceta del caso. Cuando desaparecieron esos dos, Freddy dijo que buscaría su pista porque tras esa desaparición había algo muy raro. No volví a verle, pero me llamó para decirme que salía directo a Estados Unidos porque cierta mujer de nombre Louise Dundee hacía ese viaje y él estaba seguro que de algún modo tenía relación con los fugitivos.

—Y al llegar aquí, alguien torturó a la Dundee, liquidándola.

—Así fue.

—¿Y...?

—Seguí trabajando por mi cuenta unos días más. Louise Dundee

había vivido muchos años en Hong-Kong. Siguiendo ese rastro averigüé que en un tiempo fue una gran amiga de Emily Kwon.

—Eso es muy confuso. Esa Emily, ¿es china, a pesar de su nombre?

—Nació en Hong-Kong, pero desde niña estuvo trabajando para Mao. Eso es algo que hacen la mitad de los chinos de la colonia y los ingleses lo saben, sin que les inquiete mucho.

—Muy bien, ya tenemos el lazo que unía a esos personajes. ¿Qué más averiguaste?

—Ya queda muy poco. Había un estudiante chino en París cuyas relaciones con la Dundee eran del dominio público. Quise ver qué sacaba de él y fui a su alojamiento. Bueno, no puede sacarse mucho de un moribundo.

—¿Lo liquidaron?

Hizo una mueca muy expresiva.

—Fue un trabajo chapucero. Cuando yo llegué expiraba, pero aún tuvo aliento suficiente para murmurar dos palabras.

—¿Cuáles?

—Proyecto Oriente.

—Ya veo. ¿Eso fue todo?

Asintió con un gesto y reinó un corto silencio. Luego indagué:

—¿Diste ese informe al viejo?

—Naturalmente.

—En ese caso, no comprendo por qué te mandó aquí personalmente. No es frecuente que se arriesgue de ese modo. Él podía haberme llamado.

—No entiendes. Quiere que trabaje en estrecho contacto contigo porque yo conozco muy bien a Emily Kwon. Puedo identificarla si consigues descubrir su escondrijo.

—¿Quieres decir que también está aquí?

—Eso creemos, aunque ella no pidió asilo político. Solo desapareció cuando Janus dio el salto de Oriente a Occidente.

—No me gusta eso. Siempre he trabajado solo y me ha ido muy bien.

Encogiéndose de hombros, murmuró:

—Díselo al viejo. Por mi parte, no pienso interferir en tus pasos. Me limitaré a permanecer en un segundo plano hasta que algo suceda.

—Sigue sin gustarme. ¿Cómo me pondré en contacto contigo si por casualidad levanto el rastro de esa dama más o menos china?

Sonrió de una manera que daba escalofríos.

—No te costará mucho, amiguito. Estaré aquí todo el tiempo.

—¿Aquí?

—Ni más ni menos. Llevo casi tres noches sin pegar un ojo, de modo que voy a acostarme y cuando necesites de mí, llámame.

Sentí tentaciones de mandarla al infierno porque en nuestro trabajo cualquier interferencia puede resultar fatal.

Ella se levantó perezosamente y señaló la puerta del dormitorio.

—¿La cama está allí? —preguntó.

—Estaba la última vez que entré.

—Entonces, que te diviertas. Buenas noches.

Dejando aparte que el reloj señalaba las once de la mañana, no encontré nada que decir, de momento. Ella empezó a quitarse el jersey mientras se encaminaba a la puerta. La última visión que tuve de ella fue la de una hermosa espalda desnuda que el sol de Europa había dorado a conciencia. Después, la puerta se cerró y ella desapareció.

Ahogando una sarta de maldiciones, tomé la chaqueta, revisé los bolsillos y me proveí de un par de cargadores de repuesto para la «Magnum». Salí y cerré de un portazo.

No comprendía que el viejo hubiera designado a una mujer para estar cerca de mí en esta clase de trabajo. Un trabajo rudo, brutal y salvaje en el que la muerte andaba suelta y podía descargar su zarpazo en cualquier momento.

Y cuando ese momento llegase la zarpa afilada y sangrienta, no haría distinguos entre un hombre o una mujer.

En realidad, eso ya lo había demostrado al destrozar de manera tan atroz a cierta dama llamada Louise Dundee. Y era presumible que la hubieran asesinado por unas razones tan buenas como las que tendrían para matar a mi bella y forzada invitada.

Aunque ella sabía el riesgo, y si lo aceptaba, por mí estaba bien.

La mandé mentalmente al diablo y llamé un taxi, largándome de allí y sintiéndome de un humor de perros.

4

DURANTE más de dos horas tiré de unos cuantos hilos aquí y allá, hice preguntas y obtuve respuestas.

Ninguna de ellas era convincente.

Finalmente llamé por teléfono a cierto Ray Howard y tuve la suerte de encontrarle en la oficina.

—Habla Mike —dije.

—¿Qué Mike?

—El de Shanghái, muchacho.

—¡Cristo! Creí que te habrían lapidado hacía años. ¿Dónde estás?

—No lejos de tu escondrijo. Necesito verte.

—Eso ya lo imaginaba, de lo contrario no me habrías llamado. Puedes venir, Mike. Siempre tengo tiempo para ti.

—Espléndido. Allá voy.

Colgué y volví a la calle.

Curioso tipo ese Ray. Había sido uno de los mejores elementos del servicio secreto tan solo un par de años atrás, hasta que recibió una herida que le mantuvo durante un mes oscilando en la cuerda floja. Finalmente lograron salvarlo, pero a costa de su brazo derecho, lo cual le obligó a buscar otras ocupaciones más sedentarias.

De igual manera obtuvo la dirección de una agencia de noticias internacional y allí estaba. Siempre sospeché que de cualquier modo continuaba manteniendo estrechas relaciones con sus antiguos jefes, sirviéndoles el material más o menos interesante que llegaba a su poder. Eso quiere decir que era uno de los hombres mejor informados del país en cualquier clase de embrollo internacional

que surgiera.

Había, además, otra circunstancia para que yo deseara verlo. Ray Howard me debía la vida, y de ahí mi mención de Shanghái, el lugar donde le saqué de las manos de quienes estaban practicando complicadas manipulaciones con su cuerpo, y desde entonces jamás le había recordado ese episodio de su vida. Ya era hora de que subsanara ese olvido.

Le encontré apoltronado en un enorme sillón de ejecutivo, con dos secretarías sensacionales atendiendo sus más mínimos deseos y con todo el aspecto de un perfecto burócrata.

Sonrió de oreja a oreja y me tendió su mano izquierda. El apretón fue duro y sincero.

—Me alegro mucho de verte, Mike —exclamó—. Siéntate. Me acordé de ti infinitad de veces.

—Lo dudo, teniendo estos cromos alrededor. Ellas deben ocupar todos tus pensamientos.

Las dos chicas sonrieron y él rio abiertamente.

—Encantadoras, ¿eh? Ventajas de ser el jefe.

—Está bien. Ahora, despídelas.

Ellas dieron un respingo, escandalizadas. Pero el gesto perentorio de Ray cortó todo posible conato de protesta y abandonaron el despacho contoneándose lo suficiente para que yo viera lo que me perdía con su marcha.

—Jamás te lo perdonarán —dijo, riéndose—. ¿En qué lío estás metido ahora?

—Sea el que fuere, es demasiado grande para que pueda manejarlo yo solo.

—Ajé, esos son los que rinden dividendos a una agencia de información. Cuéntame.

—Espero que seas tú quien pueda contarme algo... Sé que continuas estrechamente unido a tu antiguo departamento.

—¿Y qué? Me gusta conservar las relaciones, eso es todo.

—A otro perro con ese hueso. Quiero tu ayuda.

—No confíes mucho en eso.

—Me obligarás a recordarte Shanghái, y si es así te saltaré los dientes, Ray.

Me los enseñó en una mueca.

—Eres un bastardo, eso es lo que eres.

—Sí.

—Dispara y que el diablo te lleve.

—Anton Janus —dije solamente.

Se echó atrás en su trono basculante y sus ojillos chispearon al mirarme fijamente.

—Eso está muy caliente, muchacho —murmuró—. En realidad, abrasa a quien trata de tocarlo.

—No a mí.

—Quizá no, tú tienes el pellejo acorazado. ¿Qué pasa con él? Pidió asilo político y están manteniéndole tan arropado como a un recién nacido.

—¿Dónde?

Esta vez casi saltó fuera del sillón.

—¿Qué has dicho? —graznó.

—¿Dónde lo tiene arropado?

—¡Maldita sea, Mike! No puedes tocar este asunto. En realidad, nadie puede tocarlo fuera de los que lo manejan desde el principio.

—Cuéntame eso con detalle.

Suspiró, tenso.

—Puedo hablarte de lo superficial, pero no de lo otro.

—Prueba a ver.

No le gustó mi tono, pero se abstuvo de comentarios y cuando habló lo hizo a regañadientes.

—El Consejo Nacional de Seguridad se hizo cargo de Janus tan pronto entró en nuestra Embajada de París. Desde entonces, ellos se ocupan de todo. Ni siquiera la C.I.A. ha intervenido todavía.

—¿Por qué?

—No lo sé con certeza, pero supongo que se debe a que por el momento no ha hablado ni tienen nada para ellos.

—¿Dónde está?

—Muérete.

—Ray, esto es importante.

—Todo lo que tú manejas es importante... y sucio. Pero eso queda fuera de tu esfera. Escucha, los tipos de tu grupo están siempre justo entre el cieno de la política. En realidad, si el Congreso supiera cómo hacerlo, habría liquidado la organización del viejo Mars hace mucho tiempo. Ni siquiera el presidente podría impedirlo.

—Cierra la boca, compañero. Nadie nos barrerá del mapa. Somos demasiado duros y estamos demasiado entrenados para que eso sea posible. Y lo grande es que tú lo sabes; así que no perdamos tiempo hablando de lo que pudiera ser y no es, ¿sí?

Volvió a echarse atrás en su sillón. Una sombra pareció cruzar por sus ojos vivos.

—Dime primero para qué quieres saber dónde lo tienen, Mike.

—No puedo decírtelo porque a ciencia cierta yo tampoco lo sé muy bien, pero han sucedido algunas cosas muy extrañas de unos días a esta parte. Uno de nuestros muchachos fue asesinado. Luego encontré a la mujer que le había llevado a la muerte con el cuerpo rociado de ácido corrosivo, un espectáculo nauseabundo, a decir verdad. Quiero decir con eso que ya se ha vertido mucha sangre en este maldito embrollo y se verterá mucha más todavía... Y por si todo eso fuera poco, el más sádico verdugo rojo está aquí.

—¿Quién?

—Sverdlov. Tú conoces su brillante ejecutoria.

—¡Diablo! Ahora has dicho algo verdaderamente grande. Pero nada que aclare tu interés por Anton Janus.

—De algún modo, todos estos hechos están relacionados con él y su escapada.

Reflexionó largamente. Encendí un cigarrillo y le observé. Viéndole el rostro y los ojos, casi pude seguir el curso de sus pensamientos.

—Okey, Mike. Lo mantienen custodiado en el hotel Carabel. Lo han tomado completo y han acabado convirtiéndolo en una fortaleza. Temen que los chinos hayan enviado una legión de asesinos en su busca.

—En eso no creo que se equivoquen. Chinos, rusos... cualquiera de ellos lanzaría las campanas al vuelo si pudiera clavarle un cuchillo entre las costillas. ¿Ha dicho por qué desertó?

—Hasta ahora no creo que haya dicho nada. Ocurre algo raro con él porque el Consejo Nacional de Seguridad desarrolla una actividad febril. Hay convocada una reunión al máximo nivel para esta noche entre el Consejo, la C.I.A., el F.B.I. y el Departamento de Información del Pentágono. Creo que asistirá también el secretario de Defensa, en representación del presidente.

—Ya veo. Eso quiere decir que no ha hablado. Me pregunto por

qué, si su intención es quedarse en este país.

—Tal vez establece condiciones demasiado duras.

—No hay ninguna condición que los tipos del Consejo Nacional no estuvieran dispuestos a aceptar para sacarle todo lo que sabe.

—De cualquier modo, así es como están las cosas... Pero permíteme que te dé un consejo, amigo. No te acerques siquiera a una milla de Carabel si sabes lo que te conviene, y hablo en serio. Todos ellos serían felices si les dabas el menor pretexto para lanzarse sobre la gente del viejo Mars.

—A veces hay que correr algunos riesgos, muchacho —dije, levantándome.

Estreché su única mano. Me acompañó a la puerta, y desafiando las indignadas miradas de las dos bellezas que tecleaban en sus máquinas de escribir, me largué de allí con algunas preocupaciones más que a mi llegada.

5

YA era noche cerrada cuando regresé al hotel después de unas horas de actividad incesante. Había averiguado algunas cosas interesantes y otras incomprensibles. Sin embargo, no había avanzado mucho en lo que realmente me interesaba.

En el vestíbulo me detuve en el puesto de venta de tabaco y revistas, como pretexto para dar un vistazo alrededor. Si uno tiene práctica en esto puede descubrir cualquier anomalía en el comportamiento de los eternos desocupados que suelen ocupar los amplios sillones de espera.

Por lo que pude ver, no había nada sospechoso en ninguno de ellos.

Compré un paquete de cigarrillos, paseé otra vez la mirada por encima de la gente y, finalmente, entré en el ascensor.

Abrí la puerta de mi suite silenciosamente. Si la muchacha seguía dormida no quería despertarla todavía.

Encendí la luz y fui a servirme un trago. Pensé que debería ocuparme de que instalasen un pequeño refrigerador allí para disponer en todo momento de suficiente hielo para el whisky.

La puerta del dormitorio estaba entornada. Me acerqué a ella para dar un vistazo mientras vaciaba la mitad del vaso. Atisé a través de la rendija de la puerta. El interior estaba oscuro, pero se distinguía el suave contorno del cuerpo en el lecho.

Bebí otro sorbo, preguntándome de modo inconsciente por qué aquella dama tenía la costumbre de dormir encima de la cama cubierta únicamente por su cabellera negra como ala de cuervo.

Entonces advertí algo más y la sospecha me sacudió como un

mazazo. Tanteé la pared y di vuelta a la llave de la luz. En dos saltos estuve junto al lecho.

Su cuerpo era realmente una filigrana bella y turbadora como un sueño de Las Mil y Una Noches. Hubiera podido turbarme de no haber tenido el pequeño orificio debajo del seno izquierdo y el hilillo de sangre que se había deslizado sobre su piel hasta empapar la colcha.

Había como una sombra oscura alrededor del agujero de la bala delatando que le habían disparado a boca de jarro, con el cañón del arma pegado al cuerpo. Deseé que por lo menos ella no se hubiera dado cuenta de que moría.

Un extraño velo gris se formó ante mis ojos y eso me chocó, por cuanto yo estaba lo bastante endurecido como para no emocionarme demasiado por un crimen más o menos, aunque la víctima fuera aquella hermosa muchacha que se había cruzado en mi camino.

Sacudí la cabeza sin que el velo desapareciera. Al mismo tiempo, experimenté un largo escalofrío a lo largo de todo el cuerpo, empecé a temblar y las paredes del dormitorio parecieron oscilar de repente. Fue una cosa sorprendente.

De pronto, como un relámpago, comprendí y arrojé el vaso contra una de aquellas paredes movibles. Traté de dirigirme al cuarto de baño para librarme de lo que fuera que había ingerido junto con el whisky. La puerta se alejó ante mí... cada vez más lejos... y parecía ondular igual que una gran ola.

Repentinamente, no hubo ni puerta ni nada, solo negrura.

Creo que ni siquiera sentí el golpe contra el suelo cuando caí de bruces.

* * *

Despertar no fue nada agradable. Sentí terribles náuseas y un zumbido sordo y pertinaz en el cráneo.

Poco a poco descubrí que estaba firmemente amarrado en una silla con un cinturón de cuero. Lo que me rodeaba era una nave destartada en la que, además de suciedad, había algunas cajas vacías, una estantería que parecía sostenerse de milagro y un gorila.

El individuo era una mole tan sólida como un piano. No me prestaba ninguna atención, ocupado en vaciar cuanto antes una

botella de algún veneno de color oscuro.

Recordé lo sucedido. Una ira fría y sorda me asaltó al pensar en la pobre muchacha que yacía en mi suite del hotel. No comprendía para qué la habían matado, si ni siquiera había despertado cuando pusieron algún narcótico en la botella de whisky. Se me antojaba un crimen estúpido e inútil por el que alguien tendría que pagar.

Seguía pensando en eso cuando escuché los pasos que se acercaban al otro lado de una puerta cerrada. El gorila escondió apresuradamente la botella detrás de la caja en que estaba sentado y se levantó de un brinco.

La puerta se abrió y entró un hombre, que se detuvo un instante como si quisiera acostumbrar los ojos a la semipenumbra de aquel basurero.

Después avanzó y vi que tras él había otro. El primero vino hacia mí rodeando los obstáculos que se oponían a su paso.

Cuando se detuvo le reconocí y todo el hielo de la muerte culebreó en mis entrañas.

Empezó a sonreír enseñando los dientes como un chacal.

—Hola, Sverdlov —dije, luchando para que mi voz surgiera lo bastante segura como para no delatar mi estado de ánimo.

—Sabía que volveríamos a encontrarnos, Romaine... Siempre he ansiado con todas mis fuerzas llegar a este momento.

—Tuvo usted suerte.

—O más inteligencia. En nuestra clase de trabajo al final siempre sobrevive el más inteligente y usted lo sabe.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué complicó usted tanto las cosas? Pudo haberme matado en el hotel y sus preocupaciones hubieran terminado.

—No había prisa, una vez le tuve en mi poder. Además, todavía le necesito. Unos minutos más tan solo, no vaya a tener esperanzas ahora.

—No las tengo.

Del bolsillo se sacó mi propia pistola, la «Magnum», que tan buenos servicios me había prestado en el pasado. Ya jamás volvería a sacarme de apuros.

—Sigue aficionado a las armas pesadas, Romaine... —comentó.

La arrojó a un estante y volvió a ocuparse de mí.

—Imagino que no ignoraba mi venida a este país, Romaine.

—Estaba enterado.

—¿Le destinaron a usted para cazarme?

—Entre otras cosas.

—Usted y yo somos profesionales —dijo placenteramente—. De modo que es absurdo e inútil amenazarnos recíprocamente. Quiero algunos informes, y cuando los haya obtenido le mataré. Usted sabe muy bien que nadie puede soportar una tortura bien ejecutada hasta más allá de un límite y que cuando llega a ese límite, habla. Yo lo sé y con este convencimiento es con el que le pregunto, Romaine. ¿Dónde tienen a Anton Janus?

Le miré recto a los ojos. Le sonreí, incluso.

—Ahí es donde se ha equivocado. No lo sé. Pero incluso si lo supiera habría usted de emplearse a fondo para arrancarme la revelación.

—Tal vez fuera usted lo bastante estúpido para dejarse descuartizar... y estoy tentado de probarlo.

La voz del silencioso individuo que estaba cerca de la puerta intervino:

—Recuerda que no disponemos de mucho tiempo.

—Es cierto, pero estoy muy contento por este encuentro con mi viejo amigo Romaine.

—Tanto como me sentiría yo si la situación fuera al revés. Puedo comprenderlo perfectamente, Sverdlov.

—Le repetiré la pregunta. ¿Dónde tienen a Janus, Romaine?

—No sea estúpido. Se entregó al Consejo Nacional de Seguridad. No lo sé.

Sin previo aviso volteó el brazo y su mano dura como una piedra me golpeó de revés. Mi cabeza osciló y él aprovechó el viaje de vuelta para sacudirme con todas sus fuerzas.

—Está perdiendo puntos, Sverdlov —dije—. ¿Cómo me localizó?

—No le localicé a usted. Tenía gente siguiendo a la mujer. Ella nos condujo hasta usted y no supe la suerte que había tenido hasta que le reconocí...

—No tenía ninguna necesidad de matarla.

—¿Y usted es quien lo dice? Usted ha liquidado tantos hombres y mujeres como yo a lo largo de su carrera.

—Pero nunca de forma inútil.

Se echó a reír. Podía reírse, puesto que era él quien tenía los

triumfos en la mano.

—Vamos, no me haga perder más tiempo, Romaine. Necesito localizar a Janus cuanto antes. Usted está perdido de todos modos.

—Han tardado ustedes mucho en interesarse por él. Ha permanecido dos años en China y algún tiempo en París con una misión por cuenta de Pekín.

—La oportunidad y las circunstancias, amigo mío —dijo con sorna, frotándose las manos—. En Pekín era imposible acercarse a él, y en París no había necesidad del escándalo que su muerte desencadenaría. Estamos en buenas relaciones con el Gobierno francés, usted lo sabe.

—Diplomáticamente, también lo están con el de este país.

—Eso es solo una pantalla. ¿Dónde, Romaine?

—Sigue perdiendo el tiempo.

Un ramalazo de ira pasó por su rostro, tensándolo. Era un hombre delgado y fuerte, de grandes manos y orejas muy separadas de la cabeza. Si yo no hubiese sabido la clase de sádico que era hubiera podido encontrar en él cierto aspecto cómico.

—¿Radin? —gruñó.

El pesado gigante se puso en movimiento, acercándose. Se movía con un absurdo balanceo de un lado a otro, como si no estuviera muy seguro de que sus pies pudieran soportar su enorme peso.

Le miré y supe lo que iba a seguir. Bueno, siempre había sabido que eso había de llegar y algunas veces traté de adivinar cómo sería. Había acariciado la idea de que fuera rápido y limpio. Una bala es limpia y si es de suficiente calibre acaba con uno en un abrir y cerrar de ojos.

Por supuesto, también había tratado de acostumbrarme a la idea de que el fin definitivo pudiera llegar lenta y dolorosamente y esa posibilidad nunca había conseguido quitarme el sueño.

Pero ahora que había llegado las cosas se presentaban de modo distinto. Tal como Sverdlov había dicho, el cuerpo humano tiene un límite más allá del cual uno se convierte en una bestia acobardada y babeante capaz de todas las bajezas. Deseé que ese límite estuviera tan lejano que cuando llegase ya no pudiera sentir absolutamente nada.

Sverdlov hizo una seña con la cabeza, señalándome. El gorila

emitió una especie de gruñido sordo y volteó su enorme puño.

El golpe estalló en mi frente como propinado con una maza. Pensé que iba a arrancarme la cabera de cuajo y volé hacia atrás, llevándome la silla conmigo.

Como si viniera de muy lejos, oí al ruso que gritaba:

—¡Así no, bestia! ¿Quieres matarlo? Machácale el cuerpo.

Gimiendo, el gigante me agarre por los cabellos y me levantó en vilo, enderezando la silla y dejándome otra vez sentado.

Durante los minutos siguientes, el gorila se dedicó a hacer lo que le habían ordenado. Y he de reconocer que lo hizo a conciencia, hundiéndome sus enormes puños en el hígado, en los costados, en el estómago, derribándome una y otra vez, levantándome para volverme a tirar bajo su mortal catarata de golpes.

—¡Ya basta por el momento! —gruñó Sverdlov.

Apenas pude oírle. Todo era dolor y una marea que parecía ir y venir dentro de mi cráneo amenazaba con arrastrarme al fondo de un océano de negrura.

El ruso me agarró los cabellos para levantarme la cabeza.

—¿Dónde está, Romaine? Esto es solo el principio. Cuanto más tiempo nos haga perder, peor va a pasarlo. ¿Dónde?

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Aunque yo lo supiera, que lo ignoro —dije con un hilo de voz que apenas fue audible—, usted jamás conseguiría llegar hasta él. Sea donde fuere que le tienen, estará tan bien guardado como el oro de Fort Knox.

—No necesito acercarme a él, Romaine. Un edificio puede volarse. ¿Dónde lo tienen?

—¡Muérase!

Furioso, perdido el control, Sverdlov reaccionó con furia propia de un demente. Me sacudió, golpeándome una y otra vez. Cuando caí me pateó y el infierno pareció introducirse en mis pulmones con cada golpe.

Perdí el conocimiento y todo eso salí ganando, pero cuando lo recobré estaba de nuevo sentado y el ruso me miraba con sus ojos malignos.

—¿Puede oírme, Romaine?

Asentí con un gesto que casi no lo fue.

—Escuche, puede terminar pronto y sin dolor, ¿no lo

comprende? Tarde o temprano localizaremos dónde tienen a ese traidor y entonces Janus morirá. Y con él caerá también esa, pequeña perra que huyó siguiéndole. Estaban los dos de acuerdo... ¡Enamorados! —estalló; riéndose—. Absurdo, malditos idiotas. Pero ahora es a él a quien nos interesa cazar primero, de modo que hable... ¡Hable, maldito!

Traté de verle, pero algo rojo se había colocado ante mis ojos y apenas logré distinguir una confusa silueta. Tardé un poco en darme cuenta que era sangre.

—¿Ella... estaba enamorada...?

—¿Por qué demonios cree que escapó de París, tan pronto Janus se entregó en la Embajada americana? ¡Pareja de cretinos!

—Tendrá que... que buscarlos...

De nuevo me golpeó y de nuevo me hundí en la región de las sombras.

No sé el tiempo que permanecí inconsciente esta vez. Volví a la vida como si emergiera de unas aguas muy profundas, incapaz de mover ni las pestañas. Únicamente lo advertí porque de repente pude oír y antes no podía.

Oí la voz del ayudante del ruso en primer lugar cuando decía:

—No podemos perder toda la noche, Sverdlov. Mátaelo y acabemos.

—No.

—Pero ese tipo no hablará, aunque le arranques la piel a tiras. Es demasiado duro. Y por lo que tú mismo dijiste, ha sido entrenado tan a fondo como tú mismo. ¿Qué esperas conseguir así?

—Es una cuestión personal, si quieres saberlo. Ansié como un loco tenerlo en mi poder.

—Pero jamás hablará.

—Eso queda por ver. Conseguiré drogas capaces de volverle el cerebro al revés. Solo con que pueda entrar en contacto con nuestra Embajada... Le convertiré en una piltrafa.

—Y entretanto, Janus puede hablar. Y la chica Kwon ponerse en lugar seguro, fuera de nuestro alcance.

—Ella solo es importante en relación con Janus. Puedes estar seguro que pondrá como condición para revelar todo lo que sabe que protejan a esa perra... y para que puedan hacerlo deben encontrarla primero.

—¿Y si se ha entregado también?

—Lo sabríamos. No, vamos a divertirnos un poco más con nuestro amigo. Trae agua para despertarlo.

Quise moverme y no pude. Me rociaron con agua helada y creo que mi cabeza osciló un poco.

—¿Romaine?

A mí me daba lo mismo una cosa que otra y permanecí como estaba, sumido en el dolor y la oscuridad.

Sverdlov gruñó:

—Está peor de lo que imaginé.

—Y seguimos perdiendo la noche —refunfuñó el otro.

En aquel momento sonó el lejano timbre de un teléfono. El ruso dijo:

—Ve tú a ver quién llama.

Me abofeteó entretanto, tal vez para no aburrirse durante la espera de su compinche, aunque sus golpes ni siquiera me dolieron porque el mundo entero era para mí dolor absoluto.

Retrocedió y le oí maldecir en ruso. Luego, el otro volvió y su voz sonó excitada.

—¡La encontraron! —gritó.

—¿A Emily Kwon? —exclamó Sverdlov.

—Está en un lugar llamado Embakement, en los muelles.

—Magnífico trabajo, pero ella puede esperar. Janus es más importante. Creo que...

Se interrumpió y noté que se inclinaba sobre mí, observándome el rostro de cerca.

—¡Radin! —llamó.

Los pasos del gorila se aproximaron otra vez.

—Cuídate de él durante una hora. Cada vez que recobre el conocimiento golpéale el cuerpo, pero ten cuidado porque si le matas te cortaré el cuello. ¿Has entendido?

El tipo asintió. Como despedida, Sverdlov me sacudió un revés que me tiró de espaldas. Esta vez nadie se molestó en levantarme.

Floté en la nada durante una eternidad. Cuando al fin pude abrir un ojo, vi que estaba tirado al pie de la estantería, caído de costado. Me maravilló que en el cuerpo humano pudiera haber tanto dolor como el que yo sentía.

Abrí el otro ojo para ver dónde andaba aquella bestia enorme, y

lo descubrí sentado otra vez en su caja, con la botella atornillada a la boca sacándole los últimos sorbos.

La terminó y emitió un gruñido de ira. Bruscamente la arrojó en mi dirección y no me dio en la cabeza por pulgadas. El cristal estalló como una bomba.

El sacó otra botella llena, me miró con ojos turbios y volvió a beber.

Engullía el veneno como si fuera agua. A mi olfato llegó el hedor del whisky de infame calidad procedente de los restos de la botella rota, y tal vez fuera por eso que mi mente se aclaró lo suficiente para poder pensar con algo de sentido común.

Radin se levantó de pronto y vino hacia mí. Inclínándose, trató de averiguar si estaba todavía inconsciente. Mantuve cerrados los ojos y esperé.

No hube de esperar mucho. Él gruñó:

—¡Eh, despierta!

Riéndose con risa de ebrio, me sacudió un puntapié en el costado.

Seguí inerte, aunque sentí como si un largo cuchillo me hubiera penetrado las entrañas.

Refunfuñando, me agarró por los brazos, levantándose. Todos los dolores se agudizaron y estuve a punto de delatarme. Me sacudió unas cuantas veces antes de abandonarme otra vez.

De nuevo emergí del fondo del dolor. Traté de mover los dedos y no sé si lo conseguí o no, porque era igual que si no tuviera manos. Lo que sí se movieron ligeramente fueron los brazos.

No pude comprenderlo. Probé otra vez.

No me había equivocado. El cinto de cuero se había aflojado con los zarandeos.

Contuve el aliento y atisé con los párpados casi cerrados. Justo en aquel momento el energúmeno terminaba de dar cuenta de la botella, que estrelló furiosamente contra el muro.

Se levantó. No estaba muy seguro sobre sus piernas.

Apartó la caja buscando más provisiones, pero no las encontró. Le oí maldecir en todos los tonos, pegó un puntapié a la caja mandándola al otro lado de la estancia.

Luego me miró. Poco a poco fue acercándose a mí hasta detenerse junto a la silla. Noté su mano cómo me arrancaba la

cartera del bolsillo. Se apoderó de todo el dinero que contenía y eso pareció hacerle muy feliz.

Arrojó la cartera al suelo, volvió a escrutarme y luego fue retrocediendo hacia la puerta, sin dejar de vigilarme para ver si yo daba señales de vida.

Al fin salió y cerró. Oí girar la llave en el otro lado y después sus pasos inseguros alejándose hasta extinguirse. Supuse que iba a comprar más whisky en algún tugurio cercano.

Comencé a luchar con el cinto de cuero que sujetaba mis brazos al respaldo de la silla. En menos de dos minutos estuve libre.

No podía creerlo. Me levanté y las piernas me fallaron, cayendo de bruces al suelo.

Hubiese dado la mitad de mi vida por quedarme allí tendido y dormir días y días. Pero desperdiciar los minutos era la muerte, así que apelé a lo que quedaba de mi voluntad y me levanté, apoyándome en la estantería. La pistola quedó a la altura de mis ojos y me apoderé de ella.

Comprobé la carga y vi que estaba intacta. Recogí la cartera y tambaleándome me encaminé a la puerta.

Estaba cerrada por fuera, pero no perdí aquellos segundos que podían ser los más importantes de mi vida. Apoyé el cañón de la «Magnum» en la cerradura y disparé.

Sonó el bronco estampido y una lluvia de astillas voló junto con la cerraja. Abrí y me encontré en un largo pasillo. Deseé fervientemente que el gorila apareciera entonces para tener el placer de volarle sus minúsculos sesos, pero no le vi por ningún lado.

Al final del pasillo había unas escaleras. Subirlas fue otra sesión de tortura. Aquello era un sótano y el estampido del disparo no debía haber sido escuchado por nadie.

Salí a una calle oscura y pestilente. Había multitud de enormes cubos de basura alineados en las aceras y una legión de gatos dándose el festín de la noche.

Me deslicé pegado a la pared manteniéndome en la oscuridad. Me había alejado veinte pasos cuando por el otro lado vi aparecer al gorila armado con dos botellas, una en cada mano.

Me detuve. Él atravesó la calleja y desapareció por la puerta que yo acababa de abandonar. Entonces, dando bandazos como un

borracho, eché a correr poniendo tierra de por medio.

6

EL hombre estaba bajando el cierre metálico de su bar cuando se encontró con la «Magnum» apretada a sus riñones. Por poco no se cayó de espaldas, no supe si al ver la pistola o al descubrir mi aspecto. En aquellos momentos, yo no debía ser ninguna belleza, con la cara llena de sangre y moretones.

—Tranquilo —dije—. Entremos y acabe de bajar la puerta. No alborote y nada le sucederá.

Temblando, obedeció. Una vez dentro, me apoyé de espaldas en el mostrador, sin fuerzas.

Él balbuceó:

—¿Qué es eso? ¿Un atraco?

—No tema. Solo quiero utilizar su teléfono y esperar aquí después.

No pareció tranquilizarse. Me miraba con ojos desorbitados, llenos de terror.

—El teléfono —exigí.

Señaló el final del mostrador, junto a la caja.

Le indiqué una mesa que yo podía vigilar.

—Siéntese ahí y no trate de moverse, si es que quiere llegar a viejo.

Asintió y se dejó caer sobre una silla como si le fallaran las piernas.

Sin dejar de vigilarle, descolgué el teléfono y marqué el número que jamás podría olvidar.

Tardó medio minuto en responder. Su voz era tan gruñona como de costumbre.

—Hable —dijo.

—Aquí Mike, señor.

—¿Dónde estuvo metido? Llevo horas intentando localizarlo.

—¿Algo importante?

—Puede serlo.

—Le apuesto que lo es tanto como lo que yo tengo que decirle. Escuche, señor. Acabo de tener una experiencia muy dura y no me siento de humor. Estoy en un bar de Regent Street número once. Mande un coche a buscarme y entretanto intente localizar un lugar llamado Embakement, en los muelles.

—Entendido. Esperaré su informe.

Y colgó.

Era un tipo al que no le gustaba desperdiciar palabras cuando se necesitaba acción.

Me deslicé detrás del mostrador y eché mano de una hermosa botella de Four Roses. Llené mi vaso hasta los bordes, salí del mostrador y fui a sentarme a corta distancia del aterrado barman.

Saboreé el whisky, sintiéndome revivir a cada sorbo. El hombrecillo murmuró:

—No comprendo. ¿Por qué me eligió a mí? Tengo mujer y dos hijos esperándome.

—No se ponga blando ahora. Le he dicho que no le ocurrirá nada.

—Sé cómo actúan los pistoleros como usted. Nunca dejan testigos vivos. Aunque le jure que no abriré la boca, usted no me creerá.

Traté de sonreír, pero los músculos machacados de mi rostro me dolieron de modo endiablado y lo dejé correr.

—¿Tiene un seguro de vida? —le espeté.

—Seguro de vida —musitó—. Claro que lo tengo.

—Entonces su mujer se pondrá muy triste esta noche porque no cobrará todavía, si de mí depende.

—¿Está burlándose?

—Sí.

Se estremeció, retorciéndose las manos.

Aproveché el silencio que siguió para reflexionar sobre lo sucedido con Sverdlov. Era increíble que me hubiera dejado vivo. Yo en su lugar le habría acribillado antes de perderlo de vista. No

podía creer que estuviera perdiendo facultades, más bien debía ser debido a que estaba completamente seguro de sí mismo.

La seguridad en uno mismo ha llevado más gente a la tumba que la peste en nuestro negocio. Para la próxima vez, él habría aprendido la lección y quizá estuviera entonces frente al cañón de mi pistola.

Si había una próxima vez.

Oí detenerse un coche frente a la puerta cerrada. Me levanté.

—No haga tonterías ahora, amigo —dije—. Cuando me haya marchado cuente hasta cien antes de levantarse. ¿Entendido?

Asintió con un gesto, incapaz de articular palabra.

Alguien golpeó la puerta.

—¡Ya voy! —exclamé—. Levanten el cierre.

Lo hicieron. Eran dos. A uno lo había visto algunas veces con anterioridad. El otro era un desconocido para mí. Ambos se quedaron mirándome con gestos de estupor.

—Ya sé que no soy una belleza, pero no vayan a desvanecerse ahora. Todavía les necesito.

Parpadearon, atónitos. Dieron un vistazo al aterrorizado hombrecillo que nos miraba desde Ja mesa, y uno preguntó:

—¿Y ese?

—Está reflexionando sobre su seguro de vida. Bajad la puerta y larguémonos de aquí. ¿Lleva radioteléfono ese coche?

—Por supuesto.

Nos alejamos de la calle y hasta un minuto después el que estaba sentado a mi lado en el asiento posterior no habló.

—¿Tiene inconveniente en decirnos adónde vamos?

—A ninguna parte todavía. Comunica con el viejo.

—Muy bien.

Manipuló en el aparato y pronto tuvimos al jefe en persona al habla.

—¿Lo encontró, señor? —pregunté.

—El único tugurio con ese nombre fue cerrado hace más de tres meses, Mike. La Brigada del Vicio lo clausuró.

—No importa. Dígame la dirección.

—Flore Road, cinco, siete. Según el plano que tengo a la vista es una callejuela estrecha que muere en los mismos muelles, frente al número nueve.

—¿Lo oyó? —pregunté al que conducía.

Asintió con un gesto.

—Pues vamos allá —dije.

Por el aparato, el viejo preguntó:

—¿Está en condiciones de hablar ahora, o he de seguir esperando?

—Informaré después.

Oí claramente un gruñido. Me disponía a cortar la comunicación cuando mi compañero me arrebató el aparato, y dijo:

—Habla Post, señor.

—¿Sí?

—Creo que debo decirle que nuestro pasajero tiene un aspecto atroz. No creo que esté en condiciones de ir a ninguna parte, excepto al hospital. ¿Qué hacemos?

—¿Es realmente tan malo como eso? —indagó.

—Peor, señor.

Yo dije, fastidiado:

—Puedo sostenerme todavía. Le he pedido hombres, señor, no niñas.

Escuchamos una risita y luego añadió:

—Está bien, sigan adelante. Usted debe saber lo que hace.

Se cortó la comunicación y yo me recosté en el asiento, cerrando los ojos.

Mi acompañante dijo:

—Después de todo, es su pellejo.

Antes que pudiera replicarle, quedé dormido.

Cuando me zarandearon para despertarme, creí que Sverdlov había reanudado su diversión a mi costa. Luego recobré la conciencia y me enderecé.

—Hemos llegado, compañero —dijo el chófer—. La dirección está en la siguiente esquina. ¿Qué hacemos?

—Eso dependerá de cómo se presenten las cosas. Quiero entrar en ese tugurio sea como fuere. Uno me acompañará, pero el otro deberá quedarse vigilando para prevenir cualquier sorpresa.

—¿Supone que habrá dificultades?

—Eso dependerá de si ellos vinieron aquí. De cualquier modo, si encontramos oposición disparen a matar o no verán el amanecer de mañana.

El edificio era de planta baja y un piso. En la fachada quedaba el rótulo del cabaret, ahora cerrado. Al lado de la puerta del establecimiento había otra más pequeña que debía conducir al piso superior.

La señalé.

—Ábrala —dije.

—¿Podemos saltar la cerradura?

—En silencio.

Refunfuñando, pusieron manos a la obra. Yo tenía la «Magnum» en la mano y unos deseos locos de que el ruso apareciera por allí.

—Ya está.

—Usted quédese en el portal —le dije al que había conducido—. No olvide mis instrucciones si quiere conservar el pellejo.

Asintió, ceñudo. Vi que sacaba una «Luger» del cinto y le aplicaba un largo silenciador.

Encontramos unos escalones desgastados. Todo era silencio allí dentro, de manera que subimos pisando como gatos.

En el rellano superior solo había una puerta, lo que facilitaba las cosas.

—¿Llamamos? —musitó mi compañero.

—Escuchemos primero.

Tras unos instantes de pegar el oído a la madera, pude percibir un leve movimiento en el interior. Después, los muelles de una cama chirriaron.

—Hay alguien acostado —dijo él a mi lado, con una voz casi imperceptible.

—La cerradura... ¿Puede abrirla sin ruido?

La examinó y puso manos a la tarea. Utilizaba unas ganzúas de acero tan finas como el papel. Al fin sonó un leve chasquido y él se enderezó.

—Listo.

—Colóquese a un lado y cuando se lo indique ábrala.

—Deje que entre yo. Usted no está en condiciones.

—¿Quién lleva el mando aquí?

Asintió. Me agazapé al pie de la puerta.

—Ahora —susurré.

El abrió espacio, lo suficiente para dejarme paso. Me deslicé al oscuro interior tensando todos los músculos. Podía recibir un balazo

en el momento menos pensado.

Oí la respiración de alguien dormido frente a mí. Avancé hacia allí casi arrastrándome hasta que mi mano izquierda rozó las ropas de la cama.

Entonces me enderecé poco a poco. El contorno de un cuerpo tendido de lado se recortaba nítidamente, moldeado por la sábana. Sin la menor duda se trataba de una mujer.

Mis ojos se habían acostumbrado ya a la oscuridad. Encendí la luz de la mesilla y contemplé la larga y oscura cabellera que se desparramaba por la almohada.

Era muy joven y su rostro era, más que hermoso, sugestivo con sus delicadas facciones orientales. No creí que fuera china, sino más bien euroasiática.

Dormía profundamente, aunque su sueño parecía inquieto. Mi compañero llegó junto a mí y musitó:

—¿Es esta mujer lo que usted esperaba encontrar?

—Sí.

Sonrió.

—Si despierta y le ve a usted con el aspecto que tiene ahora, se muere del susto. Deje que sea yo quien la saque de sus sueños.

—Bien.

Retrocedí dos pasos. Él la sacudió suavemente y dijo en voz alta:

—Despierte, nena.

Ella pasó del sueño a la conciencia de modo fulminante. Dio un respingo, volviéndose, y su mano se hundió como un rayo bajo la almohada.

—¡Cuidado! —exclamé.

La zarpa de mi compañero apresó aquella mano cuando ya salía armada de un pequeño revólver. Ella comenzó a debatirse como una pantera y entonces intervine.

—¡Estese quieta! Si quiere volver a ver alguna vez a Anton, mejor será que me escuche.

Ladeó la cabeza y sus ojos salvajes se clavaron en mí. Pude ver la impresión que le causaba mi aspecto nada tranquilizador. Pero se inmovilizó.

—Suéltela —dije.

Al quedar libre se sentó en el lecho. La sábana se deslizó hasta su cintura sin que pareciera importarle.

—¿Quiénes son ustedes? —inquirió, recobrando la serenidad.

—Amigos —dije—. Creí que llegábamos tarde, Emily.

—¡Oh!

—¿Qué le asombra, que sepa su nombre?

Asintió con un gesto.

—Otros lo conocen también, y lo que es peor, ellos descubrieron este refugio.

—¿Quiénes?

—Sverdlov.

Vi cómo se estremecía de arriba abajo. Como si la mención del nombre del ruso le hubiera causado una oleada de frío, se envolvió en la sábana y balbuceó:

—¿Él... él sabe que estoy aquí?

—Sí. Vístase. La llevaremos a un lugar seguro.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de ustedes? Su aspecto es...

—Lo sé. Mientras se viste, trataré de adecentarme un poco.
¿Dónde está el baño?

Señaló una puerta al otro lado del cuarto.

—Dese prisa.

Post continuaba sosteniendo la pistola en la mano, pero estaba más bien atónito y sin saber muy bien cuál debía ser su actitud.

Metí la cabeza bajo el grifo de agua fría. Casi perdí el conocimiento porque parecía que mi cara estuviera en carne viva, pero aguanté y un minuto después comencé a sentirme mejor.

Hice cuanto pude por librarme de la sangre que apergaminaba mi piel. Cuando me miré al espejo, mi aspecto había mejorado bastante, aunque no era precisamente el más adecuado para presentarme en una reunión de sociedad.

Al regresar al dormitorio, la muchacha terminaba de vestirse y Post seguía sus movimientos muy interesado.

Ella me miró apreciativamente.

—No hay tiempo para explicaciones. Sus amigos pueden presentarse en cualquier momento, y por lo que le oí al ruso, no abrigaba ninguna simpatía por usted.

—¿Fue él quien le golpeó de ese modo?

—Sí, ayudado por otro gorila que atiende al nombre de Radin.

Cogió su bolso y dijo:

—Estoy en sus manos ahora. Ojalá no tenga que lamentarlo.

La miré a los ojos tratando de penetrar en sus pensamientos. Eran unos ojos rasgados, extraordinariamente negros y profundos como un abismo.

—Eso dependerá únicamente de usted.

Post abrió la puerta. En aquel instante se oyó un grito en la calle y el rugido del motor de un coche. Una pistola rugió y el estampido atronó el silencio de la noche.

Nos lanzamos escaleras abajo mientras seguían sonando los roncosp estampidos del arma. Pero cesaron antes que saliésemos a la calle, al tiempo que el coche se perdía en la distancia.

Nuestro hombre estaba acurrucado en el quicio de la puerta y se enderezó cuando llegamos junto a él.

—¿Qué sucedió?

—Casi me sorprendieron —jadeó—. Se acercaron con el coche deslizándose en punto muerto. Cuando lo descubrí estaba casi ahí delante. Un tipo abrió la portezuela. Llevaba una pistola en la mano y disparó contra el portal sin más ni más. Debía tener ojos de gato para verme en la oscuridad.

—¿Le dio a alguno?

—No lo sé. Les rompí un cristal, pero se alejaron a toda marcha sin dejar de disparar, por lo que imagino que no pude acertarles.

Detrás de nosotros Emily Kwon preguntó, con voz rota:

—¿Cree que era Sverdlov?

—O él o su gente. Vámonos de aquí. Ahora conduciré yo.

Tomé el volante. La muchacha se colocó a mi lado y detrás Post y el otro.

Conduje hacia el centro y diez minutos después detuve el coche junto a la acera.

—Ahí se termina el viaje para ustedes, Post —decidí—. ¿Llevan algún dinero encima?

—Seguro.

Reunieron un centenar de dólares, que me embolsé.

—Me limpiaron —dije como explicación—. Pasen el cargo al viejo y adviértanle que le veré por la mañana.

No discutieron y tras despedirse abandonaron el coche. Reanudé la marcha y enfilé rumbo a Queens.

—¿Adónde me lleva? Y todavía no sé su nombre.

—Mike Romaine. Y vamos a un lugar donde estará segura. Hay

muchas cosas que usted puede aclararme y necesitamos tranquilidad para hablar.

Se recostó en el asiento y murmuró:

—¿Puede usted decirme algo de Anton? No sé nada de él desde que abandoné París.

—Está bien.

—¿Detenido?

—Está siendo custodiado muy estrechamente, más para protegerle que por otra cosa.

Suspiró.

—Ahora me siento mucho mejor —dijo—. Estaba terriblemente inquieta por él.

Conduje en silencio, atravesamos el puente y treinta minutos después llegamos al refugio.

7

ERA una casa sencilla, pulcra y casi insignificante rodeada de un minúsculo jardín, situada en una calle tranquila en la que nunca sucedía nada.

Era propiedad de un hombrecillo de aspecto tan poco llamativo como la casa, el cual vivía retirado disfrutando de unas saneadas rentas. Excepto el viejo Mars, nadie sabía de dónde procedían dichas rentas, aunque la verdad era que con esas supuestas rentas se mantenía un lugar seguro, discreto y desconocido en el que encontrar un remanso de paz cuando las cosas se ponían demasiado calientes para los tipos como yo.

El propietario jamás hacía preguntas, ni siquiera esta vez cuando me vio llegar en compañía de una muchacha extranjera y con las huellas en mi rostro que hablaban de recientes dificultades.

Todo lo que dijo fue:

—Si necesitas algo llámame. Puedes instalar a la señorita arriba. Son las mejores habitaciones.

—De acuerdo. Mañana deberás ocuparte de que haya comida para ella, pero sin que en tus compras puedas llamar la atención al adquirir más de lo que acostumbras.

—¿Crees que es la primera vez que me meten en estos líos? Yo sé cómo he de hacerlo.

Así que llevé a la muchacha arriba. La habitación era sencilla, pero confortable. Ella miró a su alrededor y después me miró a mí.

—¿Cuándo cree que podré ver a Anton? —me espetó de repente.

—Eso no puedo decírtelo. Dependerá tanto de él como de los demás. Por descontado, no le soltarán hasta que haya hablado y

ellos tengan la seguridad de que ya no le amenaza ningún peligro.

—Eso no podrán saberlo nunca —murmuró, con los dientes apretados.

—Bueno, quizá no. Pero harán cuanto esté en su mano para conseguirlo.

—Anton no hablará, Mike.

Me senté en el borde de la cama. Estaba agotado y mi humor no era precisamente brillante.

—¿Por qué no?

Titubeé. Vino a sentarse a mi lado y murmuró:

—Él cree que así les obligará a protegerme.

—No comprendo nada.

—Me lo dijo antes de huir. Él sabía con cuánto interés los americanos esperarían sus informaciones. Sus conocimientos son su arma, Mike, su capital para el futuro. Exigirá que yo pueda reunirme con él en un lugar seguro, en el que vivir seguros y en paz con nuevas personalidades. Por eso no podrán hacerle hablar.

—Si eso es cierto, ¿por qué no te entregaste tú también a las autoridades?

—No quería entorpecer los planes de Anton. Además, yo no soy importante para tus jefes, pero sí para los míos... o los que fueron los míos hasta hace poco. Todos los hombres y el tiempo que utilicen buscándome a mí, habrán de sacarlos del grupo destinado a matar a Anton, y él es quien realmente debe vivir.

—Ya veo. ¿Estás enamorada de él, Emily?

Giró la cabeza para mirarme a la cara.

—¿Por qué lo preguntas?

—Sverdlov aseguró que era el amor la causa de vuestra fuga.

Asintió con un gesto.

—Anton me adora —susurró.

—¿Y tú a él?

—Le amo, si es eso lo que quieres saber. Es una gran persona.

Ese punto lo puse en duda, pero no era el momento de discutir.

—Se me ocurre que la solución es llevarte a ti junto a él —dije, encendiendo un cigarrillo.

—Será suficiente con que él esté seguro de que estoy bien y fuera del alcance de Sverdlov y los suyos. Ellos no se darán por vencidos hasta matar a Anton o ser destruidos. Si consiguen sus

propósitos y él y yo estamos juntos... bueno, ninguno de los dos podrá informar ya a tu Gobierno.

—Mucho me temo que los encargos de este asunto no sean los tipos más idóneos para manejarlo.

—¿Por qué?

—No lo comprenderías. Son políticos metidos a hombres de acción en su mayor parte. Creo que trataré de ver a Janus y ver qué es lo que decide al saber que tú estás a salvo.

Asintió con un gesto. Me levanté. Había muchas cosas que debía aclarar con ella, pero eso podía esperar.

—No salgas de aquí, pase lo que pase. Sam te traerá cuanto necesites. Volveré a verte cuando pueda darte noticias de Anton Janus.

Me siguió hasta la puerta y allí me detuvo, sujetándose por el brazo.

—Gracias, Mike —murmuró—. Estoy segura que harás lo mejor para nosotros.

La miré al fondo de sus inquietantes ojos.

—Haré lo mejor para mi país, muchacha. Eso es algo que no debes olvidar.

Sonrió. Empinándose sobre las puntas de sus pies buscó mis labios y me besó largamente. Si aquello era lo que le había enseñado el escurridizo Janus, no cabía duda que ella era una alumna de primera clase.

Besaba de modo endiablado.

Bajé las escaleras con mi mente girando como un torbellino.

Sam, abajo, gruñó:

—¿Cómo he de llamar a esa dama, Mike?

—Pregúntale a ella. Tal vez quiera mantener el incógnito —respondí, riendo.

Rio entre dientes.

—Eso va a serle difícil.

Me largué en busca del viejo. Después me ocuparía de encontrar una cama en algún lugar donde dormir sin peligro de que me colocasen una bomba en la almohada.

* * *

Por el ventanal entraban las primeras luces de la mañana

cuando el viejo entró en la sala donde estaba esperándole. Me examinó con suma atención y sonrió.

—No le trataron muy bien, por lo que veo.

—Sverdlov —dije.

—¡Condenación! ¿Lo mató?

—Él estuvo a punto de matarme a mí. Solo que se confió demasiado.

Le conté todo el episodio.

No le gustó poco ni mucho.

—Es una conducta absurda la de ese maldito. Pero resulta interesante lo que usted oyó, Mike. No cabe duda que tratan de matar a Janus a cualquier precio, incluso volando un edificio. Pero a pesar de haber adelantado algo en este asunto, seguimos sin tener una maldita idea de lo que significa el Proyecto Oriente.

—Tal vez Janus pueda ilustrarnos.

—Quizá... si habla antes que le maten.

—¿Sigue en el Carabel?

—¿Cómo averiguó usted que está allí?

—Tengo algunas fuentes de información, usted sabe...

—Sí, ya sé. En efecto, está allí, en manos del Consejo... Consejo Nacional de Seguridad —añadió con sarcasmo—. Sería mejor llamarlo Consejo Nacional de Insensatos.

Debió advertir mi gesto de perplejidad, porque se apresuró a añadir:

—No le han arrancado una maldita palabra todavía. Y todo lo que se les ocurre es convocar una conferencia de Prensa para esta mañana en la que los periodistas podrán formular cinco preguntas. ¿Qué le parece?

—Una imbecilidad. ¿Qué sabe de la conferencia que han mantenido esta noche pasada las distintas agencias de seguridad?

—Nada todavía. No confío mucho en sus decisiones. Están llevando este asunto de un modo erróneo e insensato.

—Si Janus estuviera en nuestras manos habría hablado por los codos, especialmente ahora que su amante está con nosotros.

—No sirve de nada lamentarse. Yo aconsejaría llevarla a ella para que se reuniera con Janus, pero del modo como están exponiéndole si algo sucede moriría también la muchacha, así que hay que pensar otra solución.

—Yo ya la pensé, señor.

Me miró con una vaga sospecha aleteando en sus ojos astutos. Dejó pasar unos segundos antes de murmurar:

—Prefiero no saberlo. A veces me asustan sus ideas, Mike. Ya una vez hube de recurrir al presidente para sacarle de uno de sus embrollos.

—Tal vez deba usted repetir esa experiencia.

Me encaminé a la puerta. Oí su bufido detrás de mí, pero no me volví. Al diablo con él.

Dejé el coche donde estaba y busqué un hotel discreto, en el que me inscribí con nombre supuesto. Pagué por adelantado porque no llevaba equipaje y subí a una habitación cuya puerta cerré con llave por el interior. Luego apalanqué una silla bajo el tirador para evitar sorpresas, aseguré la ventana y me acosté.

Instantes después estaba dormido como un tronco.

* * *

Si uno creía lo que pregonaban los periódicos de la noche, la conferencia de Prensa convocada en el Carabel había sido un éxito de cara al público. No obstante, si se leía entre líneas, uno se daba cuenta de que las respuestas de Anton Janus habían sido cuidadosamente elaboradas para hablar mucho y no decir nada.

Había fotografías del hombre y de los ocho o diez pomposos funcionarios que le rodeaban, todos con cara satisfecha... excepto Janus, por supuesto.

Era un hombre como de cuarenta años, muy delgado y de frente despejada. Tenía un aspecto cansado en las fotos y sus ojos inteligentes expresaban una enorme inquietud.

Salí del bar abandonando los diarios en una silla. Anduve hasta la siguiente esquina. Había cinco coches policíacos estacionados a lo largo de la acera de la calle lateral. La mitad de la manzana estaba ocupada por el hotel Carabel.

Cuatro guardias de uniforme vigilaban la entrada y dos más se paseaban a lo largo de la acera. No había un solo coche más en todo aquel tramo.

Pasé de largo por la acera opuesta. Me pregunté por dónde andarían Sverdlov y sus secuaces ahora que ya sabían el paradero del hombre que era su objetivo.

En la otra esquina, un grupo de cuatro individuos de pinta inconfundible estaban reunidos, fumando y hablando entre ellos.

Detectives de paisano, sin la menor duda.

Me dirigieron una mirada penetrante, pero como continué mi camino, pronto dejaron de prestarme atención.

Estaba dando mentalmente los últimos toques a mi proyecto para entrar en contacto con Janus, y me había alejado apenas dos manzanas cuando el mundo pareció estallar y venirse abajo.

Primero fue un sordo rugido, y casi inmediatamente una explosión que conmovió la calle entera.

Me volví a tiempo de ver desmoronarse toda un ala del edificio del hotel entre una gigantesca humareda mezclada con polvo.

El estruendo se prolongó atterradoramente, mientras enormes bloques de pared se derrumbaban con tremendos impactos. Eché a correr desesperadamente mientras a mi alrededor llovían millares de cristales desmenuzados, cayendo de todas las ventanas.

Cuando llegué al hotel, todavía caían escombros en mortal granizada. Se oían gritos por todas partes, y los aullidos de los heridos ponían los pelos de punta. Todo era un caos.

Salté entre las montañas de ruinas y me interné como pude. Había muertos por todas partes. Saqué un herido de debajo de un montón de cascotes. Era un guardia que sangraba por mil sitios de su cuerpo. Lo llevé fuera de aquel infierno.

Los coches policíacos estaban volcados, y dos de ellos aplastados por gigantescos trozos de muro que les había caído encima. Dos policías permanecían igual que petrificados, cubiertos de polvo, mirando todo aquello con ojos desorbitados.

Les entregué su compañero y eso pareció sacarlos de su parálisis.

Regresé al interior. Comenzaban a correr los supervivientes, auxiliando a los heridos y sin preocuparse de los muertos. Estos podían esperar.

Al pie de las escaleras había un guardia sentado, moviendo la cabeza igual que un péndulo, sin dar crédito al infierno que le rodeaba. Se oían gritos desgarradores y voces iracundas dando órdenes.

Sacudí al guardia y le espeté:

—¿En qué habitación estaba el ruso? ¡Conteste, pronto!

—Arriba.

Era incapaz de razonar. Le dejé allí y me lancé escaleras arriba.

En el primer rellano tropecé con dos hombres vestidos de paisano.

Sus trajes de excelente corte estaban cubiertos de polvo lo mismo que sus cabellos. Ambos me dirigieron una mirada desorbitada y siguieron su camino.

Les reconocí, y mis esperanzas de que ellos estuvieran bajo los efectos del shock sufrido se desvanecieron cuando uno de ellos aulló:

—¡Deténgase, Romaine!

Vinieron hacia mí, iracundos, tratando de dominar el pánico con una demostración de autoridad.

—¡Qué infiernos está haciendo aquí, Romaine! —vociferó uno de ellos, cuyo nombre era Jason Westerway.

—Tratando de ayudar en medio de este caos. ¿Cómo se produjo la explosión?

—No lo sabemos todavía.

El otro gruñó, rebosante de furor:

—¡Esta vez le tenemos amarrado, Romaine! A usted y a su maldita organización de delincuentes.

Le enseñé los dientes en una mueca.

—¿Agarrado? Piénselo dos veces.

Dos hombres pasaron junto a nosotros llevando a un guardia inerte. El uniforme de este estaba hecho jirones, y su cuerpo no parecía estar en mejores condiciones que el uniforme.

Westerway no pudo contenerse y casi gimió:

—Esto es una carnicería.

—Tal vez les acusen de imprudencia criminal —aventuré—. Después de todo, ustedes provocaron todo esto.

Levantó la mano. Solo se contuvo cuando me miró a la cara y lo que vio le advirtió de lo que iba a encontrarse si se atrevía a golpearme.

El otro, Pearson, masculló:

—No pierdas los estribos, Jason. Llémosle abajo y que le encierren. Le interrogaremos cuando hayamos ordenado un poco todo esto. Es muy sospechosa su presencia aquí justamente ahora.

—¿Por qué no acusan a mi grupo de haber colocado la bomba?

—Es una buena sugerencia —rezongó—. Vamos, venga con

nosotros.

—Y Janus, ¿se ha preocupado de averiguar qué le ha sucedido?

—¿Cree que somos idiotas? ¡Abajo!

Me empujaron delante de ellos. Los alaridos de los que morían poco a poco continuaban aquí y allá. Un vocerío endiablado llegaba desde la calle, y el sonido estridente de las sirenas policíacas y de las ambulancias aumentaba el estrépito y el desconcierto.

Tres hombres vestidos de paisano aparecieron de pronto como brotados de la tierra. Jason Westerway suspiró, aliviado.

—Custodien a este hombre y llévenlo a la parte intacta del hotel. Romaine, ¿lleva usted armas?

—¿Usted qué cree?

—Entréguelas. No queremos hacer las cosas más desagradables para usted de lo necesario.

—Están pisando un cristal muy fino, pero si eso es lo que quieren, por mí adelante.

Entregué la «Magnum», que uno de los desconocidos se embolsó. Pearson dijo, con un gruñido:

—Si se les escapa les haré responsables a ustedes.

Me condujeron al bar principal, que excepto algunos trozos de artesanado del techo que habían caído estaba intacto, gracias a estar en el ala más alejada de la explosión.

Uno de los tipos ordenó:

—Siéntese ahí, en ese rincón, y no intente nada. Ya oyó al jefe.

—Pearson será un jefe de la C.I.A., pero pronto se dará cuenta de que se ha excedido esta vez.

No me hicieron ningún caso. Estuve reflexionando y llegué a la conclusión de que Anton Janus no estaba en el hotel cuando se produjo el estallido.

Comprendí algunas cosas que hasta entonces me habían preocupado, entre ellas la razón de la conferencia de Prensa. Había sido una especie de pantalla. Debieron sacar a Janus tan pronto terminó, con la finalidad de mantener engañados a los que le perseguían.

Solo que ellos no habían tenido en cuenta que los perseguidores eran los más salvajes y mejor entrenados terroristas del mundo entero y ahí estaban los resultados: muertos y heridos por todas partes y un edificio casi destruido.

Casi una hora más tarde, Pearson y Jason entraron en el bar. Los tres agentes se levantaron. Yo permanecí sentado en el rincón.

Tomaron asiento en torno a mi mesa.

—Está bien, Romaine —empezó Westerway—. Hable, y aprisa.

—¿De qué?

—Usted lo sabe. Le tenemos, y con usted podremos dismantelar esa salvaje organización que le respalda.

—Esa salvaje organización les sacó las castañas del fuego en más de una ocasión.

—Tonterías. Se entrometieron, eso es todo. Ni siquiera el presidente se atreverá a respaldarles cuando...

—Dígame —le interrumpí—. ¿Lograron que Janus hablara?

Cambiaron una mirada de inquietud. Fue Pearson quien habló esta vez:

—¿Qué le importa a usted? Él está ahora en lugar seguro.

—Mientras no hable no habrá un lugar seguro para él en todo el mundo. Solo si revela todo cuanto sabe perderá valor para los que le siguen las huellas. Solo que él no hablará... porque exige algo que no está en su mano concederle.

—Parece saber usted mucho más de lo conveniente.

—Siempre vamos una milla por delante de ustedes —reí.

De nuevo, Westerway estuvo a punto de perder el control. Pearson, por el contrario, arrugó el ceño.

—Si quiere decir algo concreto sobre eso, adelante, Romaine. Quizá consiga que olvidemos algunos de los cargos que vamos a presentar contra usted.

—Si esto no fuera trágico, sentiría deseos de reírme. ¿Creen que porque representan a la C.I.A. son omnipotentes? Ustedes y los políticos, temerosos de desencadenar un escándalo internacional.

—¿Va a ofrecernos algo concreto, sí o no?

—¿Por qué tendría que hacerlo? Ustedes lo estropearían de cualquier modo. Déjenme hablar dos minutos con Janus, a solas, y quizá entonces esté en condiciones de presentarles la solución en bandeja.

Casi se echaron a reír.

—Debe haberse vuelto loco.

—Eso es la soberbia —graznó Westerway.

Pearson dijo:

—Antes empezó a hablar de los motivos por los cuales Janus no quiere hablar. Siga con ese tema, Romayne.

—¿Qué exige él?

—Las preguntas las hacemos nosotros.

Me reí en sus caras.

—Muy bien, ahí va la respuesta. Él no habla hasta que la mujer por la cual decidió pasarse a Occidente esté en sus brazos, y los dos en lugar completamente seguro.

—¿Y...?

—¿Han encontrado a la dama?

Se miraron, inquietos.

—Todavía no —reconoció Pearson, de mala gana.

—Déjenme hablar con él —repetí, con calma.

—Olvídelo.

Me eché atrás en el asiento.

—Entonces, sigan con sus métodos. Tendrán que soltarme en cuanto Mars se entere de esto, y entonces haré que los periódicos más influyentes del país se les echen encima como una tonelada de ladrillos. Ustedes y los grandes jefazos que se reunieron anoche están arrojando por la borda la mayor oportunidad que ha tenido nuestro país de asegurar definitivamente la defensa, no solo nacional, sino internacional:

—Janus hablará tarde o temprano. Él lo sabe y acabará por ceder.

—¿Y si se niega qué, le torturarán como hacen ellos? Bajen de las nubes de una maldita vez. Déjenme jugar mis cartas en esta partida y...

—Y hará todo lo que esté en su mano para ganar laureles particulares... o quizá se sienta magnánimo y permita que también los gane la organización que dirige Mars.

—Haré cuanto esté en mi mano para salvaguardar nuestro país —repuse, con voz helada—. Y puedo demostrarles que nosotros andamos siempre unos pasos delante de ustedes en este asunto y en todos los que intervenimos.

—¿Cómo piensa demostrarlo? —gruñó Westerway.

—¿Qué saben de un asunto que han dado en llamar Proyecto Oriente?

Cambiaron una mirada de desconcierto.

—No trate de embrollar más las cosas, Romaine... —bufó Pearson, indignado—. Sacándose frases misteriosas de la manga no llegará a ninguna parte.

—Bueno, pregúntenle a Janus. Verán cómo salta en cuanto lo oiga nombrar. Y ahora, o me detienen formalmente o me largo. Tengo mucho que hacer para suplir la inutilidad de ustedes.

El rostro de Jason adquirió el color de un tomate maduro y sus ojos echaron chispas. Pearson lo pensó detenidamente hasta que dijo:

—Muy bien, lárguese antes que cambie de idea. Pero le advierto que esta noche volaré a Washington y haré todo lo que esté en mi mano para que el Congreso nombre un comité destinado a desmantelar la organización de Mars... y cuando eso suceda, usted será un hombre acabado.

—Hasta entonces, seguiré una milla delante de ustedes. Y entretanto, el asunto de Anton Janus les estallará en las narices.

Me levanté, dirigiéndome al mostrador, donde los tres hombres de la C.I.A. esperaban pacientemente.

—Mi petardo, camarada —exigí al que guardaba mi automática—. Es mi herramienta de trabajo, ¿saben?

No les gustó el sarcasmo. El tipo consultó a sus jefes con la mirada hasta ver que Pearson asentía con un ligero movimiento de cabeza.

Enfundé la «Magnum» y me encaminé a la salida del bar. Los gritos de los heridos habían cesado y ahora estaban equipos de bomberos examinando lo que quedaba del edificio para comprobar las garantías de seguridad.

La calle era un hervidero de gente contemplando el espectáculo de ruinas. Una legión de fotógrafos disparaban sus placas sin cesar aquí y allá.

No tenía malditas las ganas de salir en una fotografía si cualquiera de ellos tenía la mala ocurrencia de enfocar su cámara hacia donde yo estaba, así que di un rodeo y me interné otra vez en el hotel buscando la salida de servicio, si es que había quedado expedita. Pude oír a uno de los peritos de la policía comentando que la bomba, de un poder explosivo terrible, había sido colocada en colector de la cloaca, bajo el hotel.

Así se explicaba que hubiesen podido volarlo sin que

interviniera la policía. Otro fallo que cabía achacar a los responsables de toda aquella desdichada operación. Seguro que al viejo se le habría ocurrido, de haber estado él encargado del caso.

Solo que no servía de nada lamentarse y lo dejé correr.

Abandoné el hotel andando a buen paso. Fue cuando llegaba a la esquina cuando vi al tipo.

Casi di un salto de alegría al reconocerlo, porque aquel individuo era el ayudante de Sverdlov.

9

LE descubrí cuando atravesaba la calle. Le seguí rápidamente, dándole alcance cuando se detenía junto a un coche estacionado al final.

—¿Tienes mucha prisa o puedes concederme unos minutos, camarada?

Mi pregunta cargada de sarcasmo le hizo dar un salto de canguro.

Su rostro adquirió un tono verdoso al reconocermelo. Tuvo que apoyarse en el coche para mantenerse de pie.

—Vamos, abre la portezuela. Tú y yo vamos a sostener una conferencia de negocios.

Boqueó sin encontrar la voz por ningún lado. Le enseñé los dientes en una mueca, al tiempo que mis dedos acariciaban la tibia culata de la pistola.

—¿Y bien?

—Sí, jamás pensé que me encontrase usted...

—Soy un tipo muy afortunado.

El coche estaba aparcado en el lado derecho de la calle, de manera que para abrir la portezuela del lado del volante se vio obligado a rodear el largo morro. Le vi sacar las llaves del bolsillo y manipular en la cerradura.

Demasiado tarde comprendí que esta vez me ganaba por la mano... y estuve a punto de no poder comprobar jamás nada.

Su mano izquierda subió de repente y en ella empuñaba un revólver de cañón corto. Todo sucedió en una fracción de segundo.

Él disparó y yo me arrojé de costado sobre la acera. El cristal

saltó en añicos y la bala aulló lastimeramente al rebotar en la pared que había más allá.

Para entonces ya tenía mi «Magnum» en la mano, sin seguro y dispuesta para hacer fuego. Por debajo del auto vi sus pies mientras se deslizaba por el otro lado hacia la trasera del vehículo con la esperanza de sorprenderme.

Disparé casi sin apuntar. Oí su penetrante alarido cuando la bala le astilló el pie, mientras el ronco estampido de mi automática repercutía en toda la calle.

Me levanté de un salto. Estaba revolcándose por el suelo porque lo que quedaba de su pie debía dolerle como un infierno. Una bala de la «Magnum» no es ningún juguete, y menos a aquella distancia.

Oí los gritos de los policías que se acercaban corriendo. Pude ver a Pearson venir en línea recta y maldije entre dientes.

El tipo dejó de dar vueltas y también miró con ojos desorbitados. Había perdido el revólver al caer y seguramente lo lamentó, cuando ya no tenía remedio.

Pearson llegó junto a mí, y bramó:

—¿Qué diablos significa esto, Romayne, otro de sus expeditivos sistemas?

—Pregúntele a él. Es uno de los responsables de la voladura del hotel.

—¿Ese tipo?

—Pregúntele...

Los policías nos rodeaban. Westerway se abrió paso a codazos hasta colocarse en primera fila. Pearson se había inclinado sobre el caído y trataba de hacerle hablar mediante rápidas preguntas.

De pronto, se levantó mesándose los cabellos.

—Este tipo está muerto —gruñó.

—¿Muerto? Si solo le herí en un pie.

—Debe haber engullido alguna clase de veneno al verse perdido.

Me acerqué para verlo. Había una leve espuma en las comisuras de su boca y un penetrante olor a almendras amargas comenzó a desprenderse de él.

—Cianuro —dije, maldiciéndome cordialmente porque yo debiera haber previsto aquello. No podía olvidar ni por un segundo que estaba luchando con profesionales fanatizados y adiestrados hasta la extenuación.

Me consoló pensar que por lo menos el hecho de que se hubiera envenenado, él mismo haría que Pearson creyera mi afirmación de que el individuo era uno de los responsables de la colocación de la bomba.

Me escabullí aprovechando la confusión. Cuando pude encontrar un taxi, le di la dirección del edificio donde el viejo mantenía sus oficinas y me recosté en el asiento. Pensé que si no actuábamos pronto las cosas todo el maldito asunto se nos escaparía de las manos.

No se alegró de verme, quizá porque estaba de un humor imposible. Le habían informado de la explosión en el hotel y en aquellos momentos aún no sabía si Janus había perecido allí o no.

—Así que todo fue una cortina de humo —rezongó cuando me hubo escuchado—. Estúpidos.

—Una cortina de humo que ha costado varias vidas entre los agentes que custodiaban el edificio, ignorantes de que el pájaro ya no estaba en el nido. Además, muchos de esos hombres resultaron con heridas terribles.

Tras un silencio, rezongó entre dientes;

—Ya les hemos dado demasiada cuerda, Mike. O se ahorcan con ella, o nos encargamos nosotros de la operación.

—Eso va a ser difícil.

—Hablaré con el presidente hoy mismo. Si es preciso, que haga uso de su poder ejecutivo.

—Darán largas al asunto, señor. Intente averiguar dónde tienen a Janus ahora. Sea donde fuere, es un lugar secreto en el que no podrán mantener un dispositivo de vigilancia tan completo como en el Carabel. No olvide que para todo el mundo, Anton Janus no se ha movido de allí, y si realizaran una exhibición de seguridad en otra parte se delatarían.

—¿Y si lo averiguamos?

—Buscaré la manera de hablar con él.

—Muy bien, vamos a terminar con eso de una vez —dijo, resueltamente.

—Hay otra cosa que quisiera que alguien hiciera, señor. Una investigación alrededor del propietario de ese local cerrado, el Embakement.

Sonrió como un zorro.

—Están ya trabajando en eso desde que me dio usted la información.

Debía haberlo supuesto, naturalmente. Le dejé agarrado al teléfono y volví a la calle.

Un taxi me llevó a Queens. Sam estaba en la planta baja arrellenado en una butaca contemplando un programa de televisión.

—¿Cómo está la chica, Sam?

—No se ha movido de la habitación para nada. Le he subido la comida. Oye, es toda una belleza a su modo.

—Sigue mirando la televisión y olvídate de estas emociones. Ya no son para tu edad.

Se rio. Sam siempre estaba riéndose por una cosa o por otra.

Encontré a Emily Kwon tumbada en la cama pasando hojas de una gruesa revista. Se incorporó cuando entré y me sonrió.

—¿Tiene noticias? —inquirió.

—Sí y no. Su amigo está en otro lugar secreto, y en cuanto a Sverdlov y su gente, han volado la mitad del hotel en que tuvieron a Janus al principio.

—¡Malditos! —barbotó—. ¿Está usted seguro que él está bien?

—Totalmente seguro, aunque lamento no poder decir lo mismo de muchos de los guardias que ocupaban el hotel para mantener la ficción de que él aún continuaba allí.

—¿Qué va usted a hacer ahora?

—Dentro de poco conoceré su nuevo paradero. Entonces le hablaré. Quiero convencerle de que usted está a salvo y de que tan pronto se decida a hablar, el riesgo para los dos desaparecerá en gran parte.

—Usted no cree eso sinceramente, ¿verdad?

—Sí lo creo. Ahora están desesperados. Quieren que muera antes que haya contado todo lo que sabe. Pero una vez lo haya hecho, ya no tendrá valor.

—Pero intentarán matarle como represalia... o para que otros escarmienten con el ejemplo. Ellos son implacables, Mike.

—También podemos serlo nosotros.

Me senté en la cama, a su lado. Ella abandonó definitivamente la revista y se volvió hacia mí.

—Estuve reflexionando sobre las preguntas que me hiciste, Mike.

—¿Qué preguntas?

—Tú querías saber si Anton y yo nos amábamos.

—Sí.

—Él está realmente loco por mí. Estoy completamente segura.

—¿Y tú por él?

—Ya no estoy tan segura como cuando hui de París. Creo que... que más bien sentía un afecto filial. Tú sabes... Nunca conocí a mi padre y él fue el primer hombre que me trató con verdadero cariño, desinteresadamente.

Asentí con un gesto. Aquello era muy curioso.

—De todos modos —decidí al fin—, no vayas a decírselo a él hasta que todo haya terminado. Si se afectase quizá no quisiera hablar, y entonces no habría manera de evitar la amenaza de los que le siguen las huellas. Ya han demostrado que no se detienen ante nada.

Sonrió de nuevo. Una sonrisa extraña, tensa.

—No lo haré —prometió.

—¿Necesitas algo especial mientras estés aquí?

—No, ese hombre, Sam, es muy atento conmigo.

—Está bien; entonces me iré. Solo vine a comprobar que todo continuaba tranquilo por aquí. Pero antes de irme, ¿cómo crees que puedo convencer a Janus de que realmente estás sana y salva?

—No sé. Ninguno de mis efectos personales que él conocía lo tengo ya. Quizá si le hablas de la Opera.

—¿Qué ópera?

—El Teatro de la Opera, de París. Estuvimos allí, visitándolo. Yo perdí un broche y lo buscamos los dos, a gatas en el pasillo alfombrado. Eso le hará comprender que yo he hablado realmente contigo.

—¿Encontrasteis el broche?

—Sí, por supuesto.

—Eso ayudará mucho.

—Mike...

—Dime, muchacha.

—¿Crees que cuando todo esto termine podré quedarme en este país, y encontrar una oportunidad de vivir en paz?

—Naturalmente. Janus será admitido como refugiado político y tú...

Me interrumpió con un gesto.

—Quiero decir si al final decido separarme de él.

—Ya veo... Yo creo que sí. Solicitar también asilo político por tu parte, no será difícil.

Sus brazos subieron hasta enlazarse en torno a mi cuello. Vi acercarse su rostro poco a poco y sus labios rojos subir al encuentro de los míos, suaves y tentadores.

La besé y me dejé deslizar por una pendiente de deseo y ansias retenidas demasiado tiempo. Se apretó contra mí y confusamente pensé que nunca había tenido en mis brazos una mujer que besara de aquel modo, ni que sin decir una palabra, sin apenas moverse, pudiera demostrar tanta pasión como aquella muchacha.

Tal vez fuera la mezcla de razas que corría por sus venas.

O quizá fuera otra cosa. No me entretuve en averiguarlo.

Cuando me levanté se quedó mirándome con un extraño fulgor en el fondo de sus pupilas.

—Ahora ya sé qué he de hacer, Mike.

—Me alegro. De momento sigue sin moverte de aquí hasta que yo vuelva o recibas noticias mías por medio de Sam.

Asintió. Cuando salí de la habitación, ella seguía quieta sobre el lecho, siguiéndome con su mirada brillante.

Regresé al centro y establecí comunicación con Mars. Sin duda, el viejo había realizado un buen trabajo, porque sabía ya el nuevo refugio del escurridizo Anton Janus...

10

ESPERÉ hasta la noche. Lo que me proponía era algo que no podía hacerse a la luz del día... y casi tampoco en la oscuridad.

Pero alguien debía llevarlo a cabo, así que no cabían las lamentaciones.

La calleja estaba más o menos a la mitad de la Once Este. Habían elegido bien el lugar, ya que era un callejón sin salida, un auténtico *cul-de-sac* oscuro y mal oliente.

La casa, de una sola planta, estaba al fondo de aquel túnel de sombras, pegada al muro de un achaparrado almacén, cuyo muro era el que en realidad cerraba el paso en aquel extremo.

Había un solo coche aparcado en la calle, y una pareja arrimada a la pared, muy ocupados, abrazándose y hablando de vez en cuando.

Retrocedí. Estaba seguro que el coche ocultaba por lo menos un guardián, y en cuanto a la pareja debían ser también agentes especializados en esa clase de vigilancia. Pensé que él debería encontrar muy agradable esta clase de servicio, porque me pareció advertir que ponía mucho entusiasmo en las escenas de los abrazos y los besos.

Rodeé los edificios, recorriendo un trecho de la Once. Doblé otra vez la siguiente esquina, viendo que el gran almacén tenía unas enormes puertas cerradas y dos ventanas.

Cinco minutos después estaba dentro, escuchando por si había algún vigilante también allí.

Lo atravesé tanteando delante de mí con las manos para evitar ruidos innecesarios si tropezaba con cualquier objeto. Así llegué al

fondo, a la pared que lindaba con el callejón.

Reconocí todo aquel sector. Unas escaleras de madera conducían a un altillo en el que había un destartado despacho. En el techo, mostrando su rectángulo azulado, una claraboya dejaba entrar el suave fulgor de la luna.

Coloqué una silla sobre la mesa y abrí aquel tragaluz sin dificultad ni ruido. Deslizarse por la cubierta, tendido como mi gusano, fue un juego de niños, de modo que llegué a la azotea de la casa en que estaba mi objetivo sin haber despertado las suspicacias de los vigilantes que continuaban en la calle.

Hube de forzar una portezuela que comunicaba con una escalera interior. Me detuve en el rellano para escuchar. No pude percibir ningún sonido, pero sí el aroma de un cigarro de poca calidad.

Bajé escalón por escalón, tanteándolos antes de apoyar el pie.

El fumador estaba abajo, sentado en una silla y cerca de una lámpara de pie colocada en un rincón. El hombre vestía de paisano, pero junto a la silla tenía una metralleta «Thomson», lo cual era suficiente para disipar cualquier duda que yo hubiera podido tener.

Estaba tan absorto leyendo las noticias de la voladura del Carabel que no advirtió cuando llegué abajo, si bien es verdad que el final de la escalera estaba en la zona de sombras.

Agarré la «Magnum» por el cañón y golpeé. El hombre cayó sin un gemido y le cacé al vuelo antes de que llegara al suelo.

Le enderecé, atándole a la silla con su propio cinturón. Le amordacé además para mayor seguridad y luego volví a escuchar con todos los sentidos alerta.

La puerta más cercana, al otro lado de donde el inconsciente vigilante había estado sentado, se abrió sin dificultad. Dentro se percibía la respiración de alguien dormido.

Pero su sueño no debía de ser muy profundo, por cuanto tan pronto entré, su voz, asesinando el inglés de mala manera, preguntó:

—¿Quién es?

—Hable bajo, le traigo noticias de Emily...

Una lámpara brilló de pronto encima de una mesita cuando él accionó el interruptor.

Al fin estaba frente a Janus. Nos miramos, él extraordinariamente pálido y asustado. Se asustó todavía más

cuando vio la pistola en mi mano.

—No tema, no vengo a hacerle ningún daño.

—Había un guardia allá fuera...

—Y otros en la calle. Si le es difícil hablar inglés podemos entendernos en ruso.

—No, no... ¿Quién...?

—Soy un amigo de Emily. Usted no quiere hablar si ella no está a salvo. ¿Cierto?

—Sí.

—Bueno, pues ya tiene lo que quería. La chica está mucho más segura que usted.

—Ya trataron de engañarme con eso, en el hotel. Era un embuste.

—Yo tengo pruebas... Ella me dijo que le hablase a usted del episodio de la Opera de París, cuando perdió el broche y lo buscaron a gatas sobre la alfombra.

Trató de sonreír, pero estaba tan tenso que solo consiguió una mueca.

—Eso puede ser cierto... estábamos ella y yo solos entonces...

—Así, ¿me cree?

—No sé... estoy confundido por todo lo que me ocurre. Y sé que hay asesinos buscándome...

—¿Qué es lo que quiere entonces? —pregunte, impacientándome por instantes.

Sabía que si me sorprendían allí dentro las cosas se pondrían muy desagradables, tanto para mí como para el viejo.

—Quiero verla. Solo así estaré seguro...

Lo pensé rápidamente. Un cosquilleo de excitación me recorrió el cuerpo.

—Conforme —dije—. Pero deberá arriesgarse y hacer cuanto le diga.

—Sí, sí...

—Vístase, pero sin hacer el menor ruido. ¿Cuántos vigilantes hay en la casa?

—Dos, uno descansa mientras el otro está ahí fuera. Pero hay otros en la calle.

—Esos no me preocupan. Apresúrese.

Salí a dar un vistazo al guardián. Seguía dormido. El único

peligro estaba en que fuera la hora de relevo y se presentara el otro.

Anton Janus estuvo vestido en unos pocos minutos. Temblaba cuando se colocó a mi lado.

—Hay que subir a la azotea —dije—. Vamos, y trate de hacer el menor ruido posible.

Le guie arriba. Fue una excursión endiablada, con el ruso pegado a mis talones, pero al fin pudimos atravesar el almacén y alejarnos a buen paso hasta encontrar un taxi.

Mientras nos dirigíamos hacia Queens, le pregunté:

—¿Sabe usted qué significa Proyecto Oriente?

Sufrió un sobresalto, acurrucado a mi lado.

—Sí —musitó.

—¿Qué es?

—¿Está esperándome Emily al final de este viaje?

—Tiene mi palabra de honor.

Suspiró. Comenzó a recobrar el valor y hasta pareció enderezarse.

—Se lo diré —murmuró—. Es algo terrible, de consecuencias incalculables.

—Siga.

—¿Ha oído hablar de un traslado masivo de gases bacteriológicos a través de Estados Unidos? Los van a conducir a alta mar para ser hundidos en grandes recipientes de plomo, encerrados en bloques de hormigón.

—Lo sé. Los periódicos han hablado de eso infinidad de veces en los últimos tiempos.

Asintió.

—Se proponen hacer que el cargamento explote por el camino.

Sentí lo mismo que un mazazo en la cabeza. Durante unos segundos permanecí igual que paralizado, sin atinar a pronunciar una palabra.

—¿Quién va a hacerlo?

—Saboteadores a sueldo de Pekín... aunque en el lugar de la catástrofe será encontrado un conocido terrorista ruso. Así Moscú cargará con la responsabilidad.

—¿Y ese ruso...?

—Estará muerto.

—Ya lo supongo. Lo que quiero saber es su nombre.

—Ilyushin. Es todo lo que sé de él.

La magnitud de esa infamia producía náuseas. Si las toneladas del extraño y terrible gas bacteriológico era liberado nadie podía calcular el alcance de la inmensa catástrofe. Millones de seres humanos perecerían y la tierra quedaría contaminada durante años. Una gran zona de América quedaría convertida en el reino de la muerte más atroz, nunca conocida.

—¿Sabe también cuándo tienen planeado el sabotaje? —indagué.

—Sí...

—¿Habló de eso con los hombres de la C.I.A.?

—No les hablé de nada. Quería tener a Emily en lugar seguro, con garantías para su porvenir si a mí me sucedía algo. Aunque antes de la fecha del ataque al cargamento de gas les hubiera puesto en guardia para evitarlo.

—Está bien, ya tendrá tiempo de contar todo lo que sabe respecto a Rusia y China. Ahora estamos llegando ya.

La casa estaba a oscuras. Llamé al timbre y Sam acudió en pocos instantes.

—¿Otro huésped? —preguntó, soñoliento.

—Otro. ¿Está ella arriba?

—¿Dónde quieres que esté?

—Magnífico. Ahora, vístete, para que puedas vigilar aquí abajo mientras celebramos una pequeña conferencia arriba.

—Tardaré solo unos minutos.

—Esperaremos aquí. No deseo correr ningún riesgo si puedo evitarlo.

Sam corrió hacia su dormitorio. Entretanto, Janus murmuró:

—¿Emily está aquí?

—Seguro. Acostada en una habitación del piso.

—Es una mujer adorable... no dudó en huir tan pronto supo que yo lo había hecho, aunque entonces esperé que se reuniera conmigo en la embajada... No obstante, prefirió correr incontables peligros para no arriesgarme a mí.

—Ahora podrá agradecérselo.

Sam regresó y nosotros subimos arriba. Encendí la luz y la muchacha despertó sobresaltada. Lanzó un grito cuando reconoció a Janus y ambos se abrazaron estrechamente.

Esperé pacientemente a que se calmaran sus efusiones. El tartamudeaba al hablar. Pensé que una mujer puede volverle el seso al revés a cualquier hombre si se lo propone. Emily se lo había propuesto sin duda alguna.

Esa era una de las razones por las cuales yo mantenía siempre una prudente distancia entre las mujeres y mi vida privada. Jamás permití que ninguna entrara en mí lo bastante profundamente como para turbar mi vivir.

De pronto se separaron, mirándose a los ojos.

Él musitó sin voz:

—¡Al fin, Emily, querida mía!

Ella no habló, solo le miraba con sus ojos insondables, misteriosos y brillantes.

Pasaron los minutos lentos, tensos. Ellos fueron a sentarse al borde del lecho y a la muchacha no pareció importarle lo precario de su atuendo de noche. Yo me recosté en la pared, esperando que pasara la tensión de aquellos momentos en que los dos podían abrazarse en el mundo libre que habían elegido.

Poco después, Sam abrió la puerta y entró cargado con una bandeja en la que humeaba una cafetera. La dejó sobre la mesa con las tazas y explicó:

—Pensé que si no hemos de volver a pegar un ojo esta noche sería mejor ayudarnos con un poco de café. Yo me vuelvo abajo... ya lo tomé recién hecho.

—Eres una perfecta ama de casa, Sam —aprobé.

Se fue y llené las tazas.

Ellos bebieron distraídamente, pero yo lo saboreé porque estaba necesitándolo.

Había una silla en un rincón y fui a sentarme en ella, diciéndoles con ironía:

—No tengo una prisa excesiva, pero cuanto antes terminemos con esto, tanto mejor para todos, Janus.

—Sí... pero es algo maravilloso volver a encontrar a Emily aquí...

Estuvieron hablando en voz baja un buen rato. Si esperaban que les dejase solos no me conocían. Si había algo que yo no estaba dispuesto a hacer era perderlos de vista ni un segundo.

Entonces, la puerta volvió a abrirse despacio. Me levanté,

pensando que Sam entraría, esta vez con un buen desayuno.

Pero no fue Sam quien apareció de un brinco, sino Radin, con un ensangrentado cuchillo en su enorme manaza.

Quedé helado. Él me descubrió y dejó escapar un soez insulto. Vino hacia mí con el acero por delante.

Reaccioné mientras Janus empezaba a gritar. Tuve el tiempo justo de saltar a un lado cuando sacaba la pistola, y casi antes de tocar el suelo, disparé.

El gorila se detuvo en seco, pero no cayó. Sus ojos malignos solo parpadearon, mirándome con ansias asesinas.

Le metí otro plomo y esta vez dio un paso atrás. Su enorme humanidad se estremeció violentamente.

Disparé por tercera vez y ahora surgió un feo agujero sobre el puente de su nariz. El cráneo le estalló y ni siquiera él, con su enorme fortaleza, resistió más. Cayó con un impacto que estremeció la casa hasta los cimientos.

Entonces, invisible para mí, Sverdlov habló desde la entrada:

—Deje caer la pistola, Romaine. Tengo encañonada a la pareja de estúpidos y voy a disparar si usted se resiste.

—Disparará contra ellos de cualquier modo —repliqué—. Entre a buscarme si se atreve.

Hubo un corto silencio. Todos mis sentidos estaban pendientes de la puerta y eso fue lo que me perdió.

Oí la sorda exclamación de Janus y cuando volví la cabeza vi a Emily Kwon apuntándome con un revólver de pequeño calibre.

—Obedece, Mike. El juego ha terminado.

Se había levantado y Anton Janus la miraba con ojos desorbitados, paralizado por aquel inesperado giro de los acontecimientos. Sin voz, balbució:

—¡Emily, tú no...!

Ella se apartó de él con expresión de repugnancia.

—¿Creías que yo era igual que tú, pobre estúpido?

—Decide, nena —la interrumpí—. ¿Quién dispara primero?

Poco a poco volvió la pistola hacia la cabeza de Janus.

—Te doy cinco segundos para que sueltes tu pistola, Mike. Pero si quieres ver cómo vuela la cabeza de este tonto, sigue apuntándome...

Fuera, más allá de la puerta, sonó la risita de Sverdlov.

—Este es un buen dilema, Romaine. ¿Qué piensa hacer?

Dejó caer la pistola, esperando todavía un milagro, una sombra de oportunidad con que vencer.

Era lo mismo que esperar que el mundo dejara de girar.

Ella dijo:

—Ya puedes entrar, Sverdlov.

El ruso apareció, tranquilo, seguro de sí mismo, con una mueca diabólica en su cara por lo general inexpresiva.

—Se ha portado usted realmente bien, Romaine —dijo—. Le confieso que hubo veces que dudé de que mi plan tuviera éxito... pero yo jamás me equivoco.

—¿Cómo diablos localizó este escondrijo y llegó tan a tiempo?

—Hay teléfono en esta casa...

—Sam jamás habría dejado que Emily se acercase al aparato. Tiene instrucciones concretas al respecto.

—Tenía... Radin le hizo un feo trabajo con el cuchillo. Bien, le aclararé sus dudas para que muera en paz consigo mismo. Empujé su pistola hacia mí con el pie... sin violencia, ¿entiende?

Lo hice, llamándome estúpido en todos los idiomas que conocía, porque casi adivinaba lo que iba a seguir.

Él recogió la «Magnum» e hizo saltar el cargador fuera de la culata. Lo tomó en la palma de la mano y hurgó en el interior del muelle.

—Mire esto —dijo, satisfecho—. No es mayor que un botón de camisa...

Era un diminuto cilindro negro. Sabía lo que era porque nosotros los habíamos utilizado muy semejantes otras veces.

—Un emisor de frecuencia con gran autonomía, Romaine —cacareó, orgulloso—. Una verdadera maravilla electrónica creada por nuestros ingenieros. Desde que tuve su pistola en mi poder ha estado emitiendo una señal continua, muy fácil de seguir a distancia, disponiendo de un receptor adecuado.

—Comprendo... Así, mi fuga fue una farsa.

—Naturalmente. Excepto los golpes que le propinamos, todo lo demás estuvo destinado a ilustrarle, a fin de que siguiera en la brecha, pero de la manera que me convenía. Obtuve el placer de machacarle un poco, cosa que fue una satisfacción adicional.

—Total, para que pudiera localizar pronto a esa víbora, ¿no es

eso?

—Exactamente...

Ella rio burlonamente.

—Recuerdo que no hace muchas horas utilizabas otras palabras más dulces para dirigirte a mí, querido...

—Eso era hace siglos.

Sverdlov no quería perderse aquella magnífica ocasión de apabullarme antes de llenarme de plomo.

—Incluso el tiroteo en la puerta de Emily fue una buena representación. Eso le convenció a usted que realmente tratábamos de matarla.

—Creo que debo felicitarlo. Ahora solo le falta matarnos a Janus y a mí para que le coloquen otra medalla.

—De nuevo está en un error. En ningún momento he pensado matar a nuestro traidor amigo. Es mucho más valioso vivo que muerto. Llegará a Rusia en perfectas condiciones, Romaine. ¿Cree que seríamos capaces de despreciar los grandes conocimientos de los recursos y defensas chinos que él posee? De ningún modo. Él vendrá con nosotros y nos permitirá neutralizar y luego superar los sueños de Mao.

—A propósito... yo tenía entendido que nuestra hermosa serpiente trabajaba justamente para Pekín.

—En apariencia, sí. Solo en apariencia —rio Sverdlov—. Siempre ha estado bajo mis órdenes en realidad. Por eso, cuando en París ella me habló de las vacilaciones de Janus vi las grandes posibilidades que eso ofrecía. Le ordené que le alentara a escapar. Así evitábamos un conflicto con Francia... y les creábamos a ustedes un montón de problemas.

—Acertó. Los ha creado, Sverdlov. Pero en alguna parte, usted miente.

—¿Qué le hace pensar eso? No tendría objeto mentirle a usted, cuando va a morir.

—Usted dice que siempre pensó llevarse a Janus vivo... y para demostrarlo voló bárbaramente el hotel en que suponía que estaba custodiado. Si él hubiera estado en su habitación, habría muerto destrozado.

—¿Me cree realmente tan estúpido? Yo sabía que le habían trasladado... mi ayudante, al que usted mató, no dejó de vigilar el

hotel desde el mismo instante en que se convocó la conferencia de Prensa. Pero con la explosión, todo el mundo siguió engañado respecto a nuestros propósitos.

—Y asesinó usted a una multitud de gente...

—En la guerra como en la guerra, Romaine.

Miré a Janus. No podía sentir piedad por él porque en su pasado había ordenado personalmente operaciones de este tipo. Pero su aspecto era realmente lamentable. Con la cara hundida entre las manos, era la imagen de la desolación.

Emily guardó su pequeño revólver y el ruso le ordenó:

—Recoge todo lo que tengas aquí que pueda servir para identificar tu personalidad cuando encuentren los restos.

—No tengo apenas nada.

—Por poco que sea.

Manipuló en su bolso, mientras Sverdlov me contemplaba con mirada irónica.

—¿Sabe usted, Romaine? —dijo de pronto—. En otras circunstancias, me descubriría ante usted. Yo no hubiera podido sacar a Janus, ese traidor, de la custodia a que estaba sometido, y menos descubrir su paradero antes de que revelara lo que sabe. Realizó usted un excelente trabajo.

—Gracias.

—Sé reconocer el valor de mis enemigos, ¿entiende?

Se echó a reír.

Yo pensaba que con mi muerte morirían también millones de compatriotas míos, porque jamás lograrían averiguar a tiempo qué significaba Operación Oriente.

Era la más terrible y amarga perspectiva que había tenido jamás planteada.

11

—LEVÁNTATE, perro —dijo Sverdlov.

Janus le miró como si no le viera. Era un hombre totalmente hundido.

—Vamos a irnos de aquí. Vigíle y espérame abajo.

Emily volvió a empuñar el pequeño revólver y empujó a su víctima, mientras se complacía en insultarle soezmente. Él ladeó la cabeza, mirándola, pero avanzó a trompicones hacia la puerta.

Sverdlov se desentendió de ellos para dedicar toda su atención a buscar un punto neurálgico de mi anatomía.

—Voy a matarle rápidamente, Romaine. Es lo menos que puedo hacer después de haberme prestado tan buen servicio.

—Es usted el hijo de perra más considerado de cuantos conocí jamás. Lo único que lamento es morir antes de poder cumplir la última y más importante misión de mi vida.

—¿Qué misión, de qué está hablando?

—Janus lo sabe.

El aludido se detuvo en seco. Irguió la cabeza y murmuró:

—Es cierto... ¡Te ofrezco un trato, Sverdlov! El trato más ventajoso que puedas imaginar a cambio de dejarme aquí, libre y vivo.

—No tienes nada que ofrecer, puesto que estás en mis manos.

Emily estalló:

—¡Maldito cobarde! Traidor hasta el final, y ahora intentando engañarnos...

Comenzó a abofetearle sistemáticamente en la cara. Sverdlov me vigilaba como un halcón, pero le divertía lo que estaba sucediendo.

No podría dominar mucho tiempo su instinto de sádico.

De pronto, Janus dejó escapar una especie de gruñido y volteó las manos con extremada violencia. Sus dos puños golpearon ferozmente la cara de la mujer que le había vendido y ella botó hacia atrás como un saltamontes.

Sverdlov se revolvió como un rayo.

Entonces, todo sucedió a la vez y con la velocidad del relámpago.

En el rellano sonó el impacto del cuerpo de la muchacha. Hubo un crujido y un grito cuando rompió la barandilla y se precipitó de cabeza a la planta baja.

En medio de todo esto me lancé en plancha contra el ruso. Tuvo tiempo de efectuar un disparo que me pegó en alguna parte del cuerpo y luego rodamos los dos, enzarzados como fieras en mortal abrazo.

Janus, como idiotizado, safio al rellano. Le grité que volviera, pero ni me oyó.

Sverdlov consiguió golpearme con el antebrazo y todo giró a mi alrededor, pero me mantuve aferrado a su mano armada con todas mis fuerzas.

Rodamos y giramos, dando tumbos, rugiendo. No sé cómo lo consiguió, pero en un instante estuvo sobre mí empujando hacia abajo con la mano que blandía la pistola. Vi torcerse el cañón hacia mí inexorablemente... un poco más y podría volarme la cabeza.

Disparé un rodillazo y le acerté. Gruñó, encogiéndose, pero sin rendirse. Sabía que en aquella posición acabaría por vencerme. Era solo cuestión de tiempo.

Aferré los dedos de mi derecha en la muñeca y entonces separé la izquierda. Él vio mis dedos rígidos como barras de hierro saltar hacia sus ojos y se echó atrás. Noté cómo se le hundían bárbaramente y empujé hacia arriba, arrojándole lejos de mí.

Aullando, vociferando como un loco, se revolvió en el suelo, todavía empuñando la pistola. Me levanté, descargándole un puntapié a la mano armada que le aplastó la muñeca y le arrancó otra catarata de bramidos.

Un sablazo de dolor se desencadenó de pronto en mi costado. Estuve a punto de caer y solo lo soporté porque él blandía sus manos como garras, buscándome.

Le machaqué la cara una y otra vez, saltando a su alrededor. Recordé lo que le debía, quién era él y lo que hubiera significado mi muerte.

Lo pagó todo con creces.

Vi aparecer a Janus en la puerta. Llevaba en la mano el revólver de Emily, aunque no parecía saber qué hacer con él.

Seguí destrozando a Sverdlov. Solo su terrible fuerza de voluntad, su valor, le mantenían de pie. Medí el último golpe y lo disparé, poniendo en él el resto de mis energías.

Estalló justo en mitad de su cara como una bomba. Sus pies perdieron contacto con el suelo y voló materialmente hacia atrás, hasta estrellarse contra el aturdido Janus.

Este debió pensar quién sabe qué, porque empezó a tirar del gatillo y el revólver ladró secamente una y otra vez, mientras los dos caían en confuso montón.

Después todo fue silencio. Tambaleándome, con una bruma de dolor extendiéndose ante mis ojos, aparté el cadáver acribillado de Sverdlov, librando a Janus.

Este sollozaba. Se fue levantando poco a poco y trató de sostenerse conmigo y eso fue demasiado. Rodamos ambos por el suelo y el golpe desencadenó otra marea de dolor.

Arrastrándome, llegué a las escaleras y las bajé dando tumbos.

Abajo estaba el cuerpo sin vida de Emily. Su cabeza había recibido el impacto contra el suelo.

Continué hacia donde estaba el teléfono y lo descolgué. Apenas podía distinguir los números cuando giré el disco.

Esperé lo que se me antojó una eternidad antes de oír la voz tan conocida al otro lado.

—Romaine... señor...

—¡Usted! Imagino que...

—No grite... solo venga.

—¿Qué?

—A casa de Sam... dese prisa...

—¡Mike! ¿Qué le pasa?

—Tengo un plomo en alguna parte, señor... Sam ha muerto...

—¡Anton Janus! Ese es quien importa... ¿Dónde infiernos lo llevó usted? Porque no me cabe duda que fue usted quien lo escamoteó...

—Lo encontrará aquí, conmigo... y Sverdlov...

—¡Sverdlov! Aguante un poco, Mike, vamos para allá inmediatamente.

—No... Sverdlov... también está muerto... y la chica...

—¡Condenación! ¿Queda alguien vivo en ese matadero? No importa, salgo de inmediato y...

El auricular se deslizó de mis dedos y quedó colgando. Ya no oí su voz, solo la de Janus que murmuraba algo junto a mí.

—Está mal herido —decía—. No se mueva, la herida es en el costado derecho...

—Es... todo un... descubrimiento... camarada...

Por entre el velo que enturbiaba mis ojos pude ver su rostro todavía, antes de desvanecerme.

Y me pareció que el maldito sonreía:

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España